

que permitan comprender las particularidades del lenguaje oral, los géneros mediante los cuales se actualiza y, especialmente, la espontaneidad, la vitalidad y el rol preponderante que este adquiere en nuestras interacciones cotidianas.

Cada uno de estos capítulos contará, además, con una batería de trabajos prácticos para ejercitar los contenidos desarrollados, así como también con una bibliografía general en la que se sugerirán lecturas de textos especializados para ahondar en los distintos tópicos.

Para finalizar, quisiera agradecer a todos aquellos que han participado en la realización de este libro, porque sin su esfuerzo y dedicación tal empresa no hubiera sido posible. El recorrido realizado ha resultado un aprendizaje conjunto y, sobre todo, ha constituido una nueva experiencia con el lenguaje: hablar con el lenguaje del lenguaje. Deseamos, justamente, compartir con nuestros lectores esta inquietante y enriquecedora experiencia.

La editora

CAPÍTULO 1

El lenguaje como objeto de estudio e investigación

ANDREA CUCATTO

1. El lenguaje y las lenguas

La Lingüística es la disciplina científica que estudia el lenguaje. El lenguaje es la facultad que permite la comunicación entre las personas y constituye una base fundamental. Se manifiesta en diversas lenguas que presentan gran variedad y riqueza y que caracterizan la naturaleza humana, pues hacen posible la vida mental, social y cultural, la historia y el conocimiento.

No obstante, si procuramos abordar un estudio científico del lenguaje, debemos, en principio, hacer algunas distinciones conceptuales. En efecto, estableceremos una diferenciación entre lenguaje, lengua y habla.

Se denomina lenguaje a la capacidad que poseen los seres humanos para poder producir, emplear y comprender una lengua. La lengua, por su parte, es el sistema o estructura mediante la cual se organiza el lenguaje, que sirve, entonces, como código de representación y de comunicación.¹ Según la clásica definición del lingüista Ferdinand de Saussure:

¹ Esta distinción se complejiza en ciertas lenguas en las que no existe un término para lengua y otro para lenguaje, pues sólo hay una palabra que da cuenta de ambos, como ocurre con la expresión *language* en inglés.

Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece, además, al dominio individual y social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrillar su unidad [...] se podría decir que no es el lenguaje hablado el natural al hombre, sino la facultad de constituir una lengua, es decir, un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas. (Saussure, 1970: 51)

El habla es, finalmente, la concreción de la lengua en una situación particular; dicha posibilidad de concreción se funda en el conocimiento y en el dominio que las personas poseen de ella. Así, los individuos emplean diferentes unidades de la lengua para desenvolverse en diversas situaciones:

Al separar la lengua del habla (*langue et parole*), se separa a la vez: 1° lo que es social de lo que es individual; 2° lo que esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.

La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar [...]

El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia en el cual conviene distinguir: 1°, las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2°, el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones. (Saussure, 1970: 57)

En algún sentido, puede afirmarse que la lengua es la potencia y el habla es el acto (*ergon* –producto– y *energeia* –energía–, según palabras de von Humboldt). Si bien en las gramáticas y diccionarios podrán encontrarse sistematizaciones acerca de la *lengua*, también allí se tratarán fenómenos vinculados con el *habla* en la medida en que esta ayuda al estudioso o al científico a comprender la lengua, por cuanto ella se manifiesta en el habla, ya sea en forma escrita, ya sea en forma oral.

Lo universal (el lenguaje) hace factible producir lo general (la *lengua*), que, a su vez, se expresa y realiza por lo particular (el habla). En síntesis, lo

particular y específico no es más que una de las muchas formas concretas de lo general y de lo universal.

Por otro lado, diremos también que el estudio del lenguaje y las lenguas humanas pueden abarcar tres ámbitos o dimensiones de análisis que inciden en los enfoques y métodos adoptados por los investigadores, ya que condicionan su punto de vista.

El lenguaje y las lenguas pueden ser considerados tanto una facultad específicamente humana (dada por dotación genética) que permite comunicarse por medio de sonidos articulados (o sea, de sonidos que vehiculan sentido), como un producto particular de esa facultad (lengua concreta) o como aquello que es común a todas las lenguas (cuestión que suele asociarse con el concepto de gramática universal). En este caso, sea viéndola como facultad o como producto de ella, el investigador dará cuenta de la dimensión formal, dado que considerará el lenguaje y las lenguas como sistema o estructura y, con esto, estudiará el conjunto de elementos, reglas y restricciones que las determinan.

Asimismo, cuando se habla de lenguaje puede hacerse referencia a cierto modo de utilización de las lenguas (por ejemplo, cuando se emplean expresiones como: lenguaje científico, lengua vulgar, lenguaje técnico, lenguaje de los adolescentes, lengua literaria, etc.). En este caso, el investigador dará cuenta de la dimensión funcional, es decir, estudiará para qué les sirve el lenguaje a los usuarios, y qué relación y acción posee este sobre el medio o entorno en que las lenguas se realizan.

Finalmente, se alude al lenguaje como acto individual del uso de la lengua (conducta inteligente, intencional y propositiva). En este caso, el investigador dará cuenta de la dimensión comportamental, esto es, del modo como se utiliza el lenguaje cuando se producen y comprenden los mensajes, trabajando las formas concretas de conducta. En esta dimensión hay un plano neurofisiológico, porque el lenguaje posee un sustrato biológico, neurofisiológico y un plano cognitivo, porque el lenguaje se representa mentalmente y se elabora por medio de procesos internos que subyacen a su producción y comprensión (formas de conducta interna o no observable), pero también hay un plano conductual propiamente dicho, porque el lenguaje es una actividad siempre contextualizada que transforma y es transformado por la realidad extralingüística (formas de conducta externa u observable).

Además, sabemos que lenguaje puede producirse –hablarse o escribirse– o comprenderse –oírse o leerse– y ambas habilidades implican un proceso en el que están involucrados factores de naturaleza múltiple:

a- se producen configuraciones de conceptos que puede asociarse con un modo de comunicación nocional e intencional que se genera en el sistema cognitivo de un ser humano;

- b- el sistema cognitivo convierte los conceptos en un soporte material –sonidos (lengua oral) o grafía (lengua escrita)–, y se elabora el mensaje otorgándole forma lingüística;
- c- gracias a esta materialidad, el mensaje se propaga físicamente hacia otra persona o personas que están dentro de la distancia de la percepción –auditiva o visual– y que constituyen los destinatarios del mensaje;
- d- la persona o las personas a quienes va destinado el mensaje reconvierten los sonidos o las grafías en una imagen de los conceptos originales. La imagen o nueva conceptualización que se produce es, en general, imperfecta por varias razones: las diferencias inevitables entre los repertorios de conceptos de los individuos (dadas por distinciones individuales y socioculturales) y la falta de congruencia entre sus sistemas lingüísticos (no todos los sujetos saben exactamente lo mismo de su lengua).

Desde esta perspectiva puede verse que la lengua posee una realidad física o perceptual, psicológica, cognitiva o mental, y socio-cultural, debido a que es un medio por el que se pueden expresar y comunicar conceptos (ideas o pensamientos, sentimientos, sensaciones, creencias, deseos, presunciones, valores o actitudes).

El lenguaje permite la transmisión de estos conceptos de maneras notablemente sutiles y efectivas. No obstante, el trayecto que va del significado a los sonidos no es directo, sino, a veces, sumamente intrincado, porque las lenguas son sistemas de gran complejidad. Por ejemplo, un simple enunciado como «Afuera está lloviendo» no sólo comunica una situación que se relaciona con la caída de agua de las nubes, sino también el punto de vista de alguien que se encuentra en un espacio físico cerrado (de ahí que se diga «afuera»). Del mismo modo, el contenido comunicado no se agota en la idea de llover; la terminación «-iendo» indica una forma de percibir el desarrollo de la acción en el que el suceso de llover se da en progreso en ese momento, tiene una duración limitada y es discontinuo (matices que se logran con el verbo auxiliar «está» que aporta tiempo –la acción se construye en presente y es, entonces, concomitante el hecho de llover con el hecho de decir que llueve– y modo –el que habla constata lo que dice, por eso usa el indicativo). Obsérvese que, a su vez, «está» no posee el mismo significado que adopta en el siguiente ejemplo: «La ropa está sucia»; así como tampoco «-iendo» significa lo mismo en un enunciado como «Cambiando de tema, ¿quién lo trajo acá?». Además, la ausencia de sujeto no correlaciona con ningún concepto, cosa que no ocurre en: «Afuera está arreglando el auto» (en el que se omite el pronombre de tercera persona del singular: «ella» o «él»). Incluso puede haber otros elementos de significado que no se reflejan sonoramente, pero que el oyente elabora para enriquecer el sentido comunicado (por ejemplo, que hace frío, que Martín no fue a trabajar, que la gente camina por la calle con paraguas, que el día genera tristeza, etc., etc.).

Sin duda, gracias al lenguaje y a las lenguas humanas se representan los objetos y estados de cosas que conforman la realidad. De alguna manera, es plausible plantear que estos objetos o estados de cosas pueden conocerse porque se construyen mediante el lenguaje; esto es, se designan, se convierten en imágenes, se diferencian y se demarcan. Todo proceso de pensamiento o cognición lleva asociado un proceso de puesta en lenguaje, de simbolización, lo que, proyectado en un estadio cero, significa que conocer la realidad va de la mano de adquirir una lengua. La realidad se conoce mediante el lenguaje, por su representación en la lengua; todo grupo humano se identifica por y en su lengua; la lengua está claramente involucrada en el desarrollo de la ciencia, la técnica, el arte y la cultura. Como no hay comunicación sin elementos que representen el conocimiento (un conocimiento individual que se transforma en intersubjetivo gracias a la acción comunicativa), estos elementos deben estar organizados, y para ese fin están las diversas lenguas que pueblan el universo humano. Por otro lado, el lenguaje no sólo constituye un medio de expresión y comunicación del pensamiento o del conocimiento, sino también es un instrumento para su formación.

Estudiar el lenguaje y las lenguas enfrenta al investigador al desafío de resolver distintas cuestiones y problemas de naturaleza biológica, física, mental o cognitiva, comunicativa y sociocultural. Tarea nada fácil y que, afortunadamente, nunca se agota.

2. Lenguaje natural y lenguaje artificial

2.1. Diferencias entre el lenguaje natural y el lenguaje artificial

Se denominan lenguajes naturales a aquellos que surgen como producto de una dotación genética o facultad propia de determinada especie. Se dan, así, por necesidad biológica, porque se producen espontánea e involuntariamente y porque todo ser de esa especie lo posee. Son omnifuncionales, ya que sirven a cualquier propósito comunicativo y tienen una combinatoria abierta, dado que evolucionan con el tiempo, comunican información compleja y están sujetos al azar o a condicionantes externos (por ejemplo, a factores históricos). Existen diferentes lenguajes naturales según sea la especie involucrada: hay lenguaje de los simios, de ciertos pájaros, de las abejas, de los delfines, y de otros muchos animales.

Sin embargo, uno de los lenguajes naturales más perfectos es el que posee la especie humana: se llama genéricamente lenguaje natural y recibe diferentes nombres: español, inglés, francés, alemán, holandés, quechua, chino, turco, entre otras miles de lenguas actuales, pasadas y aun futuras.

Por el contrario, los lenguajes artificiales son producto de la factura o creación humana que los elabora con el propósito de satisfacer determinada función; son, en este sentido, unifuncionales. Estos lenguajes artificiales son, ade-

más, de combinatoria cerrada, porque pueden aprenderse (aunque con cierto esfuerzo), tienden a comunicar información más simple, no evolucionan, no satisfacen todas las necesidades comunicativas y no están tan ligados a las herencias sociales y culturales. Algunos de los lenguajes artificiales surgen, incluso, por la necesidad de crear un medio de comunicación específico simple y fácil de dominar, que pueda lograr un alcance internacional (el lenguaje de la matemática, la lógica, las señales marítimas, las señales del tránsito, los símbolos químicos, etc.). De este modo, surge, por ejemplo, una lengua como el *volapük*, lengua pretendidamente universal creada por el suizo Schleyer en 1879, que fue rápidamente suplantada por otra más refinada, el *esperanto*, inventada por el polaco Zamenhof en 1887 y que todavía hoy goza de reconocimiento. En el siglo xx surgieron otras lenguas artificiales: *ido* (en el año 1907, como modificación del *esperanto*), *interlingua* (sobre la base del latín), *occidental* (en 1922), *novial* (en 1928) e *IALA*²; pero ninguna de ellas alcanzó la fama que obtuvo del *esperanto*.³

2.2. Propiedades del lenguaje natural

Según diversos autores (Belinchón et al.: 1992; Yule: 1998; Lyons: 1968, 1977, 1981; Martínez Celdrán: 1995; que retoman los clásicos planteos de Hockett, Hockett & Altman, y Thorpe), las propiedades del lenguaje natural son numerosas y pueden reagruparse de acuerdo con diversos parámetros.

En relación con la materialidad y el medio físico por los cuales se configuran y se transmiten los mensajes lingüísticos, suele hablarse de tres propiedades. En primer lugar, las lenguas poseen un canal vocal auditivo.⁴ Este canal requiere de un costo de energía muy pequeño para la emisión y la audición del sonido; y, además, deja el cuerpo libre en situación de hacer cualquier otra cosa.⁵ En segundo lugar, el sonido posee una difusión, transmisión y recepción

direccionada e irradiada: resultado de sus mismas características físicas, el sonido se expande en una superficie de 360 grados, puede ser oído sin que los interlocutores estén uno frente al otro y es relativamente fácil detectar la fuente sonora de la que emana. En tercer lugar, el sonido tiene una extinción rápida o evanescencia: su existencia real es muy breve pero la suficiente para ser percibido y para interpretar el sentido vehiculado por él.

En relación con el carácter simétrico o la reversibilidad que posee la lengua, dado especialmente por su naturaleza social e intersubjetiva, suele hablarse de tres propiedades. En primer lugar, gracias a la intercambiabilidad, el lenguaje permite el desarrollo de capacidades, estrategias y habilidades tanto para adoptar el rol de emisor (hablar o escribir) como para adoptar el rol de receptor (escuchar o leer). Esto implica competencias diferentes: por ejemplo, saber callarse a tiempo o resolver conflictos sobre la marcha, al hablar; saber distribuir la información ordenadamente, al escribir; atender al interlocutor, al escuchar; o hacer un recorrido de ojos de izquierda a derecha, al leer. En segundo lugar, el lenguaje posee retroacción o retroalimentación completa, también llamada *feed-back*; esta propiedad hace referencia a la capacidad para monitorear y evaluar las señales y enunciados propios y ajenos. Por ejemplo, decir «¿Viste?» luego de enunciar algo supone la búsqueda de una reacción positiva por parte del interlocutor; en esta ocasión, puede tratarse de una aprobación del contenido comunicado. Cuanto más competente desde el punto de vista comunicativo es una persona, mejor funcionarán sus mecanismos de retroalimentación, en virtud de que logrará ejercer un mayor control de la situación. En tercer lugar, la propiedad de la especialización alude a la influencia indirecta que un organismo ejerce sobre la conducta del otro. Se dice que una señal está altamente especializada si sus consecuencias físicas directas y su efecto sobre el comportamiento del organismo receptor no están funcionalmente relacionados entre sí, sino que están condicionados por las restricciones que impone el contexto. Asimismo, el interés no recae sobre la energía producida por los signos verbales, sino, más bien, en los impactos desencadenados por su producción. Los signos lingüísticos, por ser especializados, son, entonces, de una gran eficacia; si bien sus consecuencias energéticas son biológicamente irrelevantes (el habla humana consume poca energía y las consecuencias físicas resultan insignificantes), son, por paradójico que pueda parecer, altamente significativos por el rol que desempeñan en las situaciones en que se emplean y por el valor que adquieren cuando se los evalúa en relación con ella. Por ejemplo, decir «¡Fuego!» es comunicativamente eficaz, siempre y cuando se lo conecte con un contexto que lo enmarque—un incendio—, pues sólo así se logrará el efecto deseado: advertir a los otros para que escapen de un lugar cerrado. Y esto se alcanza con poco esfuerzo corporal y mental; y su efecto es cualitativamente diferente del que se hubiera alcanzado si el sujeto, en lugar de emitir este enunciado, hubiera hecho un gesto o hubiera empujado a cada una de las personas arrastrándolas fuera del lugar.

² La sigla corresponde a *International Auxiliary Language Association of New York*.

³ Tales lenguas no deben confundirse con las que se conocen como lenguas internacionales, puesto que estas últimas son lenguas de gran alcance, que sirven para entenderse en distintas partes del mundo y que satisfacen muchas funciones sociales y culturales (el comercio, el transporte, la economía, la ciencia, etc.), como se da con el chino, el inglés y el español.

⁴ Canal que también es empleado en sus lenguajes naturales por los perros, ciertas aves (los papagayos, por ejemplo), algunos peces (los delfines, por ejemplo), los ciervos y los simios (particularmente, los chimpancés).

⁵ A diferencia de otros lenguajes en los que se emplea el canal visual—la danza de las abejas que informa sobre la distancia, la dirección y aun la cantidad del alimento— u olfativo—las hormigas africanas comprenden el olor que segrega la reina y abren y cierran los canales de ventilación para mantener la cámara a temperatura adecuada y constante—, como luego se verá en el próximo capítulo.

En relación con su capacidad o potencial para la representación, suele afirmarse que las lenguas humanas poseen cinco propiedades. En primer lugar, la semánticidad alude al proceso de significación, esto es, a la posibilidad que tiene la lengua de articular con un universo extralingüístico y de referirlo. Siempre se habla o se escribe acerca de algo: un objeto, una persona, un lugar, un tiempo, un suceso o un conjunto de sucesos, sean reales, ideales o ficticios; el mundo sólo puede adquirir sentido por la mediación del lenguaje. En segundo lugar, el desplazamiento se vincula con la capacidad de representar, mediante la lengua, entidades y eventos que se encuentran alejados del tiempo y lugar de la enunciación misma, es decir, del tiempo y lugar en el cual se habla o se escribe. Esta propiedad aparece cuando el sujeto posee cierta madurez lingüística y permite lograr proyecciones múltiples; por ejemplo, prospectarse en el tiempo o moverse a otro espacio con el uso de expresiones como «Mañana voy a estar en tu casa». En tercer lugar, por la propiedad de la prevaricación o disimulación, mediante el lenguaje se puede engañar o dar información falsa, o bien se puede encubrir una verdad. Además, esta propiedad posibilita que, lo que en un momento dado puede ser un enunciado verdadero, en otro puede ser considerado falso y viceversa. En cuarto lugar, la reflexividad da cuenta de la propiedad por la que la lengua natural puede referirse o describirse a sí misma, tomándose como tema. Complementa, de esta manera, la propiedad de la semánticidad, ya que faculta que la lengua pueda mencionarse, o sea, emplear expresiones o recursos para nombrarse o para nombrar alguna de sus partes, así como también citar la palabra ajena. Tal propiedad se observa en ejemplos como: «Este discurso está lleno de palabras disonantes e inentendibles» o «María respondió: —No, me interesa». De la mano de la reflexividad, se encuentra la propiedad de la traductibilidad o transferibilidad de medio, gracias a la que una lengua natural puede, o bien traducir o ser traducida a otra lengua natural (del inglés al español o del español al inglés, por ejemplo), o bien puede traducir otros sistemas o lenguajes (puede contarse una película o convertirse una ecuación en palabras, por ejemplo). Aquí, traducir presupone mucho más que transvasar una lengua a otra; involucra un acto de interpretación, de transformación que sólo puede propiciarse plenamente por medio de la lengua verbal.

En cuanto a su carácter histórico, las lenguas naturales se asocian con dos propiedades. En primer lugar, la transmisión cultural o la tradición explica que, además de la determinación genética, la lengua se aprende en el marco de interacciones que mantienen los hablantes de la comunidad lingüística o cultural. Por otro lado, esta misma comunidad garantiza, en alguna medida, la supervivencia de una lengua, para lo cual se elaboran protocolos escritos como los diccionarios, las gramáticas, los archivos, la literatura, así como, en el caso de la oralidad, las sagas familiares, los romances, las coplas, las canciones, etc. En segundo lugar, la aprendibilidad significa que la lengua es adquirible por los seres humanos. No existe, desde esta perspectiva, ninguna lengua que no pueda

ser aprendida; por otra parte, cualquier persona, a pesar de haber aprendido una lengua, puede aprender otra. A su vez, innatismo, aprendibilidad y transmisión cultural son términos que no se excluyen mutuamente, sino que se complementan dado que el hecho de que los seres humanos desarrollen la misma lengua que poseen aquellos que los rodean no se opone al hecho de que estos posean una facultad, una disposición, una herencia genética que los impulse a desarrollar una lengua y que, para ello, elijan la que tienen más cerca.

Finalmente, en cuanto a las características estructurales que las lenguas humanas poseen, se suelen destacar cuatro propiedades que para muchos autores son sus propiedades exclusivas. En primer lugar, las lenguas humanas presentan la propiedad de la arbitrariedad, es decir, entre las expresiones lingüísticas y aquello que está representado por ellas no existe una relación natural o de semejanza. Por ejemplo, las propiedades de la palabra «mesa» son diferentes de las del objeto simbolizado por ella: sustantivo, de dos sílabas, grave, con dos consonantes y dos vocales, entre otras, en el primer caso, y objeto concreto, que sirve para apoyar cosas, con patas, de madera, entre otras, para el segundo. Al respecto, nada tiene el objeto mesa que justifique la expresión «mesa», excepto que la comunidad haya decidido que esta lo represente: la palabra no se lustra, ni se corre, ni se compra, ni se pone un mantel sobre ella; así como tampoco el objeto se escribe sobre un papel o se clasifica en una gramática.⁶ En segundo lugar, el carácter discreto apunta a que, en las lenguas humanas, los elementos difieren entre sí en un sentido absoluto; no existen valores intermedios. Asimismo, las unidades lingüísticas están totalmente establecidas y se oponen unas a otras. En el sistema del español, por ejemplo, un nombre es masculino o femenino; el sistema sólo ofrece dos posibilidades bien discriminadas entre sí: una se marca con «o» (o sus variantes); la otra, con «a» (o sus variantes). Ningún sustantivo puede tener ambos géneros al mismo tiempo, pero tampoco puede carecer de ambos (hasta un utensilio de cocina que, por ejemplo, no tiene género, en el sentido de su relación con la sexualidad, adopta uno, lingüísticamente hablando: se cocina en «la cacerola» y se corta con «el cuchillo»). En tercer lugar, por la creatividad o productividad, las lenguas humanas ofrecen la posibilidad de construir y entender un número ilimitado de frases, muchas de las cuales no fueron oídas o leídas con anterioridad. Incluso dichas estructuras pueden llegar a ser cada vez más complejas, más extensas. La propiedad se asocia, para autores como Noam Chomsky, con la gramática universal o la facultad del lenguaje, que es el componente de todas las lenguas humanas, de carácter innato e impreso en el

⁶ Esta propiedad se desarrollará en otro capítulo, razón por la cual no nos extendemos aquí.

cerebro antes del nacimiento; y se vincula directamente la creatividad o la productividad con la capacidad de recursividad que poseen las lenguas humanas, esto es, con la capacidad para subordinar y coordinar las estructuras. Por ejemplo, el sistema permite encastrar estructuras («Hay una mosca en el plato que está sobre la mesa que está en el restaurante que está en la ciudad que está cerca de la capital que es un lugar hermoso que todos quieren conocer») o adicionar estructuras («Quieren agua, la toman, salen corriendo, miran hacia atrás, los observan, se ríen y desaparecen luego»).⁷ En cuarto lugar, la propiedad de la dualidad de patrones (Hockett) o doble articulación (Martinet) hace alusión a los dos niveles de organización estructural de las lenguas: el nivel fonológico (segunda articulación, compuesta por elementos de número escaso y que actúan como diferenciadores de significado) y el nivel gramatical (primera articulación, compuesta por unidades que sí poseen significado y que son de número indeterminado). Esta propiedad, muy cara a ciertos teóricos encuadrados en el llamado estructuralismo, conduce a la formulación de dos principios: la economía, puesto que con pocos recursos—elementos— podemos construir muchas expresiones—unidades múltiples— (por ejemplo, con los elementos «a», «s» y «l» podemos construir las unidades «sal», «las», «sala», «salsa», «alas», «la sal», «las alas», «la salsa», «a la sal», «a las alas», etc., etc.); y la eficacia, dado que, al no aprovecharse todas las posibilidades combinatorias, se marcan más las diferencias entre unas unidades y otras, y el receptor tiene un mayor umbral de percepción y de interpretación que si utilizara todos los recursos (por ejemplo, «lasa» no se percibe como unidad, lo que ayuda a discriminar las unidades que sí se perciben).

3. El lenguaje y la biología

3.1 Las bases biológicas del lenguaje

El lenguaje natural posee, indudablemente, bases biológicas. La actividad verbal se realiza por medio del funcionamiento de una serie de sistemas neurofisiológicos altamente especializados. El más importante de todos es el sistema nervioso central (SNC), formado por el cerebro, el tronco del encéfalo y la médula espinal. Este sistema, junto con el sistema nervioso periférico

⁷ En los primeros planteos de Hockett, la productividad se identificaba con la analogía, es decir, la posibilidad de establecer generalizaciones a partir de patrones recurrentes que pueden determinarse. Posteriormente, el concepto se extendió y se enriqueció.

(SNP) —un conjunto de nervios que, a manera de cables de comunicación, conecta el sistema nervioso central con el resto del cuerpo—, participa en las dos formas fundamentales del lenguaje: el lenguaje expresivo y el lenguaje receptivo.⁸ Asociado con esos dos tipos de lenguaje se encuentran el resto de los sistemas que participan en la actividad verbal y que reciben el nombre de órganos periféricos de la acción y recepción. Los primeros son los órganos fon-articulatorios que utilizamos para hablar y el sistema mano-digital que utilizamos para escribir. Se destacan, por su importancia, el oído y el ojo.

El cerebro aparece como un elemento nuclear, dado que actúa como un procesador central que se ocupa de recibir y emitir señales lingüísticas mediante varios canales, por lo que es el responsable básico de la comunicación verbal. Por otra parte, el cerebro responde a una estructura neuroanatómica compleja que se halla dividida en dos grandes regiones: el hemisferio izquierdo y el hemisferio derecho. En la mayoría de las personas, el hemisferio izquierdo es el hemisferio dominante para el lenguaje, aunque el derecho también participa, como se puede ver en el siguiente cuadro:

Función del lenguaje	Hemisferio Izquierdo	Hemisferio Derecho
<i>Lenguaje oral (prosódico)</i>		
Ritmo	Domina	-----
Inflexión	Participa	Participa
Timbre	Participa	Participa
Melodía	-----	Domina
<i>Lenguaje significativo (semántico)</i>		
Significación verbal	Domina	-----
Formación de conceptos	Participa	Participa
Imágenes visuales	-----	Domina
<i>Lenguaje relacional (sintáctico)</i>		
Secuenciación	Domina	-----
Relaciones	Domina	-----

(cuadro extraído de Anulla Rebollo, 1989: 20)

⁸ Formas que se actualizan en las cuatro habilidades lingüísticas: hablar, escribir, escuchar y leer.

En segundo lugar, en el hemisferio dominante para el lenguaje se suelen distinguir algunas zonas relacionadas con los distintos procesos lingüísticos. Las más importantes son el área de Broca (en el lóbulo frontal), que se encarga de la codificación del habla, y el área de Wernicke (entre el lóbulo parietal, temporal y occipital), donde tienen lugar buena parte de los procesos de comprensión verbal.

3.2. El origen del lenguaje

Si bien en la actualidad podemos conocer las bases biológicas que determinan el lenguaje, la cuestión de su origen es algo que la ciencia aún no ha resuelto totalmente. Algunos autores como Jespersen simplemente postularon que el lenguaje se originó cuando los seres humanos comenzaron a celebrar la vida, en lo que él llamó «la ceremonia de cortejos entre humanos».

Sabemos que el lenguaje oral surgió antes del lenguaje escrito, pero carecemos de evidencias físicas o directas para conocer fehacientemente, por ejemplo, cómo era o cómo podría haber sido la lengua de nuestros ancestros. Sólo poseemos algunos datos parciales que nos proveen los hallazgos de restos fósiles, de armas, de instrumentos o utensilios, de objetos decorativos, así como también el estudio de algunas lenguas vivas y muertas, de las tendencias que se registran en la evolución lingüística, del lenguaje de los niños, de las lenguas de pueblos primitivos, o de los sistemas de comunicación animal (particularmente de los simios, por su parentesco evolutivo con la especie humana).

Además, se considera que, si procuramos esclarecer aspectos relativos al origen de la lengua buceando en la evolución de la especie, adoptamos frente al problema una perspectiva filogenética; mientras que, si procuramos esclarecer aspectos relativos al origen de la lengua buceando en el desarrollo del lenguaje en un ser humano particular, adoptamos una perspectiva ontogenética.

Pese a haber sido un tema tabú para los lingüistas⁹ durante algunos decenios, hoy día la cuestión del origen del lenguaje es foco de atención de arqueólogos, antropólogos, psicólogos, zoólogos, matemáticos, médicos, historiadores, lingüistas y, recientemente, genetistas. Estos intentan responder las siguientes preguntas: ¿cuándo y cómo surgió el lenguaje? y ¿cómo eran los primeros hombres (y su lenguaje)?, pues su propósito es comprender la evolución de la posibilidad del lenguaje. Para ello, se han establecido correlaciones entre la evolución del cerebro, de la conducta humana y del lenguaje mediante el análisis de algunas

⁹ Al respecto, no debe olvidarse que, por ejemplo, la Sociedad Lingüística de París prohibió, desde su fundación a mediados del siglo XIX, tanto el estudio del tema del origen del lenguaje cuanto cualquier comunicación en los congresos acerca de este tópico.

evidencias y apelando, incluso, al uso de la informática para comprobar, al menos virtualmente, las hipótesis propuestas.

El origen del lenguaje no sólo corre parejo con la evolución del cerebro (fundamentalmente, en relación con la vocalización voluntaria y dirigida a un fin), sino también se ha vinculado con la conducta tecnológica y social de los hombres (fundamentalmente, en relación con la creación y el empleo de herramientas). Dichos aspectos, según Bernárdez (2004), pueden resumirse en las siguientes tareas:

Necesitamos explicar por lo menos lo siguiente: (1) cómo se pasa del reducido número de gritos y llamadas de los monos antropoides a la multitud de palabras de las lenguas humanas; (2) la producción intencional, voluntaria y básicamente arbitraria del lenguaje; es decir, a diferencia de lo que parece suceder con los chimpancés, los seres humanos podemos utilizar las palabras en ausencia de los objetos a los que se refieren y, sobre todo, para conseguir determinados fines; (3) la aparición de unidades complejas a partir de las palabras; en otros términos, la sintaxis, (4) el perfeccionamiento del sistema fonatorio. (Bernárdez, 2004: 164-165)

Pero la realidad neuroanatómica, además de ser producto de una dotación genética, lo es de un proceso evolutivo que se ha producido a lo largo de millones de años. Cualquier cambio significativo en la especie humana implica mutaciones —que no son necesariamente simultáneas— en una parte del genoma. Así, por ejemplo, se ha descubierto recientemente el gen del lenguaje denominado FOXP2, cuya función es provocar la síntesis de una proteína de 175 aminoácidos; pese a esto, aún no se sabe, a ciencia cierta, la función de la variación de dicha proteína ni cómo se puede relacionar la diferencia identificada con algún aspecto del lenguaje. Por otra parte, dichas mutaciones aprovecharon lo que ya existía y produjeron, en consecuencia, una alteración de la función. Tal cuestión permitiría pensar, por ejemplo, que parte de las áreas especializadas del cerebro que hoy se vinculan con el lenguaje podrían haber estado dedicadas a otras actividades cognitivas (como la percepción visual o la organización de lo percibido).

Algunos autores, por ejemplo Noam Chomsky, piensan que la aparición del lenguaje tiene que ver con una mutación genética radical que implantó en el cerebro una suerte de módulo o estructura cerebral independiente, llamada gramática universal y luego facultad (sintaxis, forma o estructura altamente general y abstracta que subyace a todas las lenguas), al tiempo que otras estructuras o módulos organizaban el sistema fonético y articulatorio para poder expresarnos. Según este criterio, la mutación se habría producido independientemente de cualquier función concreta que pudiera cumplir el lenguaje:

La facultad del lenguaje puede ser considerada razonablemente como un «órgano del lenguaje» en el mismo sentido en que los científicos hablan de sistema visual, o del sistema inmunológico, o del sistema circulatorio como órganos del cuerpo. Entendido así un órgano no es algo que pueda ser separado del cuerpo dejando el resto intacto. Es un subsistema de una estructura más compleja. Se puede esperar entender la totalidad de la complejidad investigando aquellas partes que tienen características distintivas, y sus interacciones. El estudio de la facultad del lenguaje procede de la misma manera.

Suponemos además que el órgano del lenguaje es como los otros órganos en la medida en que su naturaleza básica es una expresión de los genes. La forma como tiene lugar esa expresión continúa estando lejos en el horizonte de la investigación, pero podemos averiguar de otra manera cuál es el «estado inicial» de la facultad del lenguaje genéticamente determinado. Cada lenguaje¹⁰ es, evidentemente, el resultado de la interacción de dos factores: el estado inicial y el transcurso de la experiencia. Podemos pensar en el estado inicial como un «dispositivo» (DAL «dispositivo de adquisición del lenguaje»¹¹ que toma la experiencia como *input* y proporciona el lenguaje como *output*: un *output* que está representado internamente en la mente-cerebro. El *input* y el *output* están ambos disponibles para el investigador: podemos estudiar cómo es el curso de la experiencia y cuáles son las propiedades de los lenguajes que se adquieren. Lo que se aprende de esta manera nos puede decir mucho acerca del estado inicial que media entre experiencia y adquisición del lenguaje. (Chomsky, 1997: 68-69)

Otros autores sostienen, por el contrario, que el origen y la evolución del lenguaje no se deben explicar por una mutación totalmente nueva y radical, sino por cambios paulatinos dados por una selección natural: se habrían producido pequeñas mutaciones sólo en ciertos individuos cuya supervivencia y posibilidad de creación eran superiores a los otros homínidos.

En cuestiones referidas al tamaño del cerebro y la organización cerebral, se ha podido comprobar, mediante el empleo de los endocastos (moldes internos realizados en los cráneos fósiles bien conservados), la existencia de deformaciones

¹⁰ Adviértase que se habla de «*language*», aunque esta expresión, traducción directa del término *language*, debería haberse traducido, más bien, como «lengua».

¹¹ Se trata de LAD, «*Language Acquisition Device*». Este dispositivo puede homologarse con el concepto de gramática universal elaborado previamente por el propio autor.

que indicarían, por ejemplo, que el *homo habilis* (hace dos millones a un millón y medio de años) disponía ya de áreas especializadas para el lenguaje, y que el *australopithecus africanus* (hace tres millones a dos millones y medio de años) tenía las áreas más destacadas que los monos, así como también sería posible afirmar que dicha organización cerebral ha ido cambiando, poco a poco, hasta llegar al *sapiens* moderno y, con ello, se fue aproximando cada vez más a la nuestra.

Ahora bien, respecto de la capacidad de fonación, la cuestión es más limitada y sólo se sabe, por ejemplo, que los *neandertales* contaban con un sistema fonatorio similar, aunque no igual al nuestro, y tenían un tamaño y un desarrollo cerebral considerable, lo que permitiría presumir una elevada probabilidad de la existencia de lenguas neandertales. No obstante, otros autores sostienen que esta subespecie tenía una capacidad limitada y, por lo tanto, no equiparable a la del *homo sapiens sapiens* moderno.

En general, se suele postular que el lenguaje surgió con los *homo sapiens sapiens* (hace 200.000 años); aunque también se supone que el origen puede acercarse a unos 30.000 a 35.000 años, cuando aparecen algunos testimonios, por ejemplo, representaciones artísticas que informan acerca de una capacidad simbólica. Hay investigadores que defienden la existencia de un prelenguaje o sistema comunicativo mínimo del *homo habilis* (hace unos dos millones de años) y del *homo erectus* (hace un millón a un medio millón de años). Respecto de los *neandertales*, pese a haber sido una especie extendida por Europa y Oriente Medio hace 300.000 años, se sabe que sufrió un fracaso evolutivo y desapareció; este fracaso involucró, según algunos autores, también un fracaso lingüístico, porque se cree que poseían un sistema fonatorio muy limitado en relación con el que contaban los *homo sapiens sapiens*.¹²

¹² Un estudio realizado en 1987 en Berkeley a 147 personas de EE.UU., Nueva Guinea, Australia, Asia y Europa, sobre la parte del ADN que se llama mitocondrial (que es transmitido por la mujer) demuestra que todos procedemos de una mujer africana que vivió hace 200.000 años (entre 140.000 y 200.000 años, aproximadamente). En realidad, homínidos los hay desde hace cuatro millones de años: por ejemplo, los *australopithecus*, de África. Sin embargo, hace dos millones y medio de años, llegó el primer *homo*, más próximo a nosotros, aunque no de la misma especie. De él surgieron varias subespecies en distintas partes del mundo, y en Europa originó, hace más de 300.000 años, a los preneandertales de Atapuerco y a sus sucesores (*homo sapiens neandertalensis*), extendidos por Europa y zonas de Oriente Medio, que sobrevivieron hasta hace menos de 30.000 años. Hace 200.000 años surgió el *homo sapiens sapiens*, en África; hace 50.000 años, estaba en Nueva Guinea y Australia, y quizás, hace 30.000, en América. Estos se expandieron durante 100.000 años; se sostiene, incluso, que unas 10.000 personas (tal vez unas 100.000) fueron la población original que preparó la dotación genética humana. Representados por los hombres cromañones, convivieron con otros homínidos: en Europa, con los neandertales y en Asia con el *homo erectus*. Tuvieron mayor capacidad social y quizás un lenguaje mejor; de ahí que suela afirmarse que fueron los *homo sapiens sapiens* los que poseyeron el primer lenguaje.

Hecha esta suerte de historia evolutiva del lenguaje, presentaremos un modo de clasificación de las diversas teorías que han intentado explicar cuestiones relativas a su origen:

a. *Teorías sobre el origen divino*: se atribuye el origen del lenguaje a causas divinas; como producto de un don otorgado por un dios o un ser superior.¹³ Así, por ejemplo, se narra en el Génesis que Dios creó a Adán, le mostró el mundo y Adán le puso nombre a cada cosa que habitaba en él. En otras tradiciones, por ejemplo, la hindú, el lenguaje viene de la diosa Sarasvati, esposa de Brahma, creador del universo. En realidad, se puede constatar que en casi todas las religiones se tiende a explicar el lenguaje como dotación divina dada a los hombres.¹⁴

Se han realizado, incluso, experimentos para probar la validez de esta hipótesis. La hipótesis consistía precisamente en que, si algunos niños crecían sin entrar en contacto con la lengua, entonces hablarían espontáneamente la lengua original concedida por Dios. Yule (1998) cita el caso relatado por Herodoto del faraón llamado Samético (en el año 600 a. C.), quien lo probó con dos recién nacidos. Luego de dos años en compañía de cabras y de una pastora muda, los niños parecían decir algunas palabras que no sonaban a egipcio, sino a la palabra frigia *bekos* (pan). El faraón llegó, entonces, a la conclusión de que el frigio era la lengua original. Del mismo modo, se cuenta que Jacobo IV de Escocia llevó a cabo un experimento similar en el año 1.500 y parece ser que los niños, en esta ocasión, empezaron a hablar hebreo.

Desgraciadamente, en todos los otros ejemplos con niños salvajes, tampoco se han podido confirmar estos dos experimentos anteriores. Los niños salvajes crecen sin hablar. Y, aunque el lenguaje hubiera venido de una fuente divina, no podría reconstruirse por culpa de Babel.

b. *Hipótesis del sonido natural*: la idea es que las palabras primitivas podrían haber surgido como imitaciones conscientes o inconscientes

de los sonidos naturales que los hombres oían a su alrededor (el viento, el agua, el aire, las hojas que caen, etc). Esta teoría es sostenida por Diamon a mediados del siglo xx, pero fue acuñada previamente por filósofos como Demócrito, Platón, Rousseau o Herder.

La hipótesis se apoya en que todas las lenguas modernas tienen onomatopeyas o expresiones fonosimbólicas, en las que se mimetizan los sonidos. De hecho, la hipótesis ha sido llamada hipótesis del *guag-guag* (*bow-bow theory*). No obstante el atractivo de tal teoría, ¿cómo podría, por ejemplo, explicar los nombres de cosas de nuestro mundo que no emiten sonido, o las cosas abstractas (como «tristeza», «sombra», etc.)? Además, estas expresiones onomatopéyicas son relativamente escasas en las lenguas; no suelen ser las palabras más empleadas por los seres humanos en su vida cotidiana (como lo son «mesa», «hombre», «mujer», «pan», «sol», «agua», por ejemplo); y, por último, para producir las, se debe contar con un lenguaje flexible, lo que supone un desarrollo anterior prolongado.

Otra hipótesis similar sugiere que los sonidos originales provienen de gritos de emociones como el dolor, el enojo, la sorpresa, el miedo, la alegría (huella de esto también serían las expresiones llamadas interjecciones). Tal hipótesis se denomina *pooh-pooh theory*¹⁵ y fue defendida por los epicúreos en el mundo antiguo, y luego por von Humboldt, Grimm, Steinthal, en el siglo xix. Sin embargo, del mismo modo como planteamos en párrafos anteriores, las interjecciones están muy vinculadas con las idiosincrasias de cada lengua particular y difícilmente podrían ser consideradas sonidos-origen de todas las lenguas.

En la hipótesis conocida como *yo-heave-ho*¹⁶, sostenida por autores como Nuaré, se postula que el lenguaje surge por los sonidos que hacen las personas al realizar un esfuerzo físico. Esta hipótesis sitúa el desarrollo de la lengua en el contexto social, las actividades de grupo y el trabajo. No obstante su atractivo, no contesta la pregunta sobre los orígenes de manera total, puesto que se sabe que los monos y primates tenían gruñidos y llamadas sociales, pero no parecen haber desarrollado una capacidad de hablar similar a la nuestra.

c. *Teoría del origen oral-gestual*: formulada por Paget y Hewes durante el siglo xx, se explica por la conexión entre los gestos físicos y los

¹³ Estas teorías se complementan con otras que atribuyen el origen del lenguaje a factores sobrenaturales; así, el escritor suizo Däniken, postula que la lengua surge porque visitantes de otros planetas las trajeron a la Tierra y la enseñaron a los hombres!

¹⁴ Sin embargo, en el contexto de la cultura griega clásica la reflexión se complejizó, ya que no sólo se discutía si la lengua era un obsequio que los dioses habían concedido a los humanos o no, sino también si esta podía haber sido creada por un hombre sumamente inteligente o por la propia comunidad, o si podría haber surgido por vía natural.

¹⁵ Expresión en inglés que alude a formas de conductas gestuales mediante las que los hombres expresan su reacción ante cosas que los inquietan o sorprenden.

¹⁶ Por medio de esta expresión se alude al sonido de una marcha o canto colectivo que se produce y escucha mientras se lleva a cabo una tarea socialmente compartida.

sonidos producidos oralmente. Se postula la existencia de un conjunto de gestos físicos como medio de comunicación; después, habrían aparecido gestos orales, hechos con la boca, en los que los movimientos de la lengua, labios y demás órganos se reconocerían de acuerdo con patrones familiares similares a dichos gestos físicos. Sir Paget denomina a esto «pantomima de la lengua y los labios». Sin embargo, resulta en verdad difícil reconocer un posible carácter oral de ciertos gestos, así como también resulta imposible transmitir con gestos físicos determinados mensajes lingüísticos del tipo de: «Mi tía cree que es invisible».

d. *Teoría glosogenética*: se interesa en la base biológica que ha permitido la formación y el desarrollo del lenguaje humano. Al respecto, se sostiene que los monos antropoides –los chimpancés– se separaron de los homínidos hace ya unos seis millones de años, y, en razón de este tronco común, su estudio puede enseñarnos algo sobre el origen de nuestra propia especie y su evolución. Se afirma, como vimos, que, en algún estadio evolutivo, nuestros ancestros cambiaron a la postura erecta, con locomoción bípeda y con un nuevo papel para los miembros superiores, y se liberó la mano para el trabajo y la asimilación (lo que se asocia fuertemente con la capacidad para elaborar herramientas). La consecuencia de estos cambios puede verse comparando el cráneo de un gorila y, por ejemplo, el hombre de Neandertal, dado que presenta un tracto bucal que hace pensar que podía realizar ciertos sonidos lingüísticos parecidos a consonantes. Pero es alrededor del año 35.000 a. C. cuando hallamos esqueletos fósiles más parecidos a los del hombre actual, por lo que podría presumirse que el lenguaje –tal como hoy lo consideramos– surge con la especie *homo sapiens sapiens*, principalmente.

Asimismo, más allá de estas precisiones biológicas y evolutivas, el problema radica en establecer si todas las lenguas humanas han surgido de un tronco común (hipótesis llamada monogénesis) o si han surgido en distintos puntos del planeta diversas lenguas (hipótesis llamada poligénesis). Hoy día se tiende a aceptar que entre ambas hay una relación de complementariedad, ya que se produce una suerte de continuum entre monogénesis y poligénesis. Hay ciertos principios generales que caracterizan una lengua primigenia que serían, más bien, principios cognitivos básicos del lenguaje ligados a una facultad específicamente humana; y luego, al tiempo que la cognición fue desarrollándose en interrelación constante con el lenguaje, la lengua primigenia –con sus principios generales y simples– se fue compli-

cando y desarrollando, provocando la aparición, a lo largo de milenios, de múltiples lenguas.¹⁷

Para Bernárdez (2004), los escenarios para una primera lengua podrían ser que: a) hay un antecesor común; b) hay un escenario común pero con contactos posteriores entre grupos; esto produce mezclas que dificultan el hallazgo de las relaciones originales; y c) hay lenguas que van apareciendo como consecuencia de las necesidades que se les suscitan a los grupos humanos en constante movimiento y adaptación; surgen en relación de unas con otras, aunque todas tienen algo en común.

Se supone que las lenguas más antiguas son de la familia Denecaucásica (15.000 a 20.000 años). De allí surgieron las otras, o bien por diferenciación, debido a la ruptura del contacto entre dos o más grupos de uno originario, o bien por el paso del tiempo, que cambia las lenguas, o bien por el contacto más o menos estrecho que unas lenguas establecen con otras, sean cuales fueren sus relaciones históricas.

En el caso particular del continente americano, se estima que las primeras poblaciones datan del 30.000 a.C., ya que se lo considera segundo escenario para la aparición del lenguaje. Se habla de la existencia de varias migraciones de gran antigüedad, por vía costera, de embarcaciones que habrían llegado de sureste de Asia y el borde del Pacífico, y se supone que esto se produjo en tres fases sucesivas.

Como se ha podido comprobar, las hipótesis son muchas y, en verdad, fascinantes. Pero el tema del origen del lenguaje aún se debate entre la ciencia, las creencias religiosas y la ciencia ficción, pues todavía quedan muchos misterios por resolver. Misterios que, además, se dirimen entre consideraciones biológicas (naturales) y sociales (históricas y culturales).

¹⁷ Sin embargo, existe otra perspectiva para estudiar la génesis y la evolución en el sentido del cambio lingüístico, restituyendo la genealogía de una lengua. Con la ayuda de nociones básicas sobre la historia de las lenguas, de gramáticas y de diccionarios, se puede descubrir una suerte de ADN lingüístico mediante la operación de ir filtrando hacia atrás, en el tiempo, los elementos comunes a las lenguas: por ejemplo, explorar muchas palabras del castellano que provienen del latín al igual que otras palabras del francés, el italiano, el rumano o el portugués. Asimismo, permitiría comprobar que el latín forma grupo con otras lenguas como el eslavo, el griego y el antiguo germánico en virtud de que todas estas surgen, a su vez, de una lengua común llamada indoeuropeo, originada hace unos tres milenios en la región de Anatolia (Turquía). Por ejemplo, la palabra española «hermano» proviene de la raíz sánscrita *bhratar*, que en gótico se transforma en *brothar*; en inglés, en *brother*; en griego, en *phrater* y en latín, en *frater*.

4. El lenguaje, la cultura y el pensamiento

Es innegable que las lenguas humanas ofrecen una amplia gama de expresiones diversas entre sí por su carácter, por sus cualidades o por su significado. Por otro lado, resulta también evidente que hay diferencias notables en el modo como representan la realidad extralingüística. En tal sentido, las lenguas se distinguen por la forma de parcelar y configurar dicha realidad, debido a lo que se denomina su visión de mundo. Esto está condicionado, además, por el entorno socio-cultural (por ejemplo, el español cuenta con dos expresiones: «abuelo» y «abuela» para definir cierto parentesco, pero en sueco existen cuatro: *farfar*, *morfar*, *farmor* y *mormor* para definirlo, ya que los suecos codifican la línea hereditaria, cosa que no ocurre en nuestra lengua).

En esta compleja relación que se establece entre lengua, cultura y pensamiento se han desarrollado dos posturas significativas: la defendida por los universalistas y la defendida por los relativistas.

4.1. Los universalistas

El estudio de los universalistas busca establecer cuáles son los sistemas o subsistemas que se suelen repetir en las diversas lenguas en los diferentes niveles de análisis. Indagan acerca del común funcionamiento de los hechos del lenguaje. Entre los universalistas, a su vez, se destacan dos enfoques diferentes:

a. El de Chomsky y los generativistas, quienes proponen una gramática universal o facultad del lenguaje, que se explica como un conjunto de estructuras y principios comunes a todas las lenguas, que posee una base genética y que determina el desarrollo de todas las lenguas humanas particulares. Con la formulación de esta gramática universal (GU) o facultad, los generativistas no necesitan examinar muchas lenguas para saber cuáles son los principios universales, generales o altamente restrictivos que las caracterizan. Esto se puede establecer mediante el examen profundo de sólo unas pocas.

b. El enfoque de autores como Greenberg, Hawkins, Comrie, Maddieson, Keenan, Lehmann, Dixon, entre otros, que presupone la investigación de un amplio abanico de lenguas y la conformación de una base de datos que permita hacer las comparaciones pertinentes. Tal enfoque no implica necesariamente la existencia de estructuras y principios innatos, aunque sí se cree que existen hechos que se repiten de un modo idéntico o con ligeras variaciones en las distintas lenguas del mundo. A veces hasta importa más hablar de tendencias universales y exponer los hechos estadísticamente, ya que esto ayuda a la generalización.

Se postulan diferentes tipos de universales: los sustantivos, los formales y los implicativos. Los universales sustantivos son las categorías en las que se reúnen los hechos lingüísticos que comparten características comunes. Al

respecto, otra cuestión que puede plantearse es si estas categorías han de estar efectivamente en cada una de las lenguas, o si las lenguas pueden participar poseyendo un subconjunto de ellas solamente. Los universales formales son un conjunto de condiciones abstractas que gobiernan la forma en que las lenguas pueden funcionar (por ejemplo, la manera como se manifiesta la interrogación con la inversión de sujeto y verbo: «*James is ready*» frente a «*Is James ready?*»; «*Sa maison est vielle*» frente a «*Est sa maison vielle?*»; o, en castellano, cuando empieza con alguna partícula interrogativa, «¿Cuándo cierran el negocio?» frente a «Cierran el negocio a las ocho» o «¿Quién quiere ir con Juan?» frente a «Alguien quiere ir con Juan»). Los universales implicativos se dan cuando decimos que un hecho lingüístico sólo puede existir si existe otro; o, por el contrario, cuando no puede existir si no existe otro. Hay tres posibilidades lógicas dentro de los universales implicativos:

- 1) P entonces Q; existe P, por lo tanto, existe Q.
- 2) No-P entonces Q; existe Q, pero no existe P.
- 3) No-P entonces no-Q; no existe Q, por lo tanto, tampoco existe P.

La única posibilidad que no existe es:

- 4) P pero no-Q; no existe Q, pero existe P.

Por ejemplo, postula Greenberg, «si una lengua tiene categoría de género en el nombre, entonces las tendrá también en el pronombre».

Para finalizar, estos universales lingüísticos previamente desarrollados se explican ya sea adoptando una perspectiva interlingüística que defiende un origen genético común debido a la existencia de una protolengua, ya sea adoptando una perspectiva externa o extralingüística, puesto que se correlacionan los hechos lingüísticos con la dotación genética o biológica (una predisposición para el lenguaje, la anatomía y la fisiología del aparato fonador y auditivo) o con la funcionalidad.

Algunos universalistas procuran elaborar generalidades sobre las lenguas humanas creando tipologías.

4.1.1. Las Tipologías lingüísticas

Mediante las tipologías, los investigadores buscan las diferencias sistemáticas entre las lenguas, es decir, intentan clasificar las lenguas en términos de sus propiedades estructurales. Para esto, suele excluirse la utilización del criterio genético —origen común (por ejemplo, trabajar el inglés y el alemán porque son miembros de la rama germánica del indoeuropeo, o el español y el rumano porque son miembros de la rama románica del indoeuropeo)— dado

que el hecho de tener un antepasado común puede determinar la presencia de rasgos compartidos entre un conjunto de lenguas que no sea significativo para hacer de ellas un estudio descriptivo.¹⁸ También se excluye como criterio el contacto geográfico (por ejemplo, cuando se forma un haz lingüístico por vecindad y contacto entre lenguas, como ocurre con el denominado haz balcánico que vincula el griego moderno, el albanés, el búlgaro, el macedonio y el rumano), ya que los rasgos compartidos no implican necesariamente la conformación de un todo coherente. Por tales razones, la tipología opta por seleccionar rasgos o parámetros significativos para cotejar lenguas que preferiblemente carezcan de un origen común y de vecindad geográfica (emplean, por ejemplo, un parámetro como el orden de constituyentes que permite relacionar lenguas aparentemente tan distintas como el quechua y el turco porque ambas tienen el núcleo en posición final y cuentan con formas verbales especiales en las oraciones subordinadas o dependientes).

Se parte, entonces, de dos supuestos: 1) las lenguas pueden compararse en términos de su estructura, o sea, hay algunas propiedades del lenguaje que son universales y sirven como base de la comparación; y 2) hay diferencias entre las lenguas en virtud de que, si estas no existieran, todas las lenguas serían iguales y no podría constatarse la gama de posibles variaciones y las restricciones de la variación que las lenguas manifiestan entre sí.

Las tipologías se inauguraron en el siglo XIX y fueron desarrolladas por Humboldt, Steinthal, Misteli, Schleicher, von del Gabelenz, Finck, entre otros. Estas primeras tipologías eran puramente clasificatorias o taxonómicas: una suerte de casillero en que meter todas las lenguas del mundo, ordenadas de acuerdo con relaciones de parentesco. En la actualidad, las tipologías no persiguen fines puramente clasificatorios, sino que se enfocan desde el punto de vista generalizador, no individualizador; se toman en consideración no sólo criterios estructurales sino funcionales, y esto hace viable una intercomprensión más rica entre las diversas lenguas humanas.¹⁹

No obstante la pluralidad de tipologías, las más frecuentes y citadas en los textos son las que se basan en la morfología (esto es, en cómo determinadas

¹⁸ No obstante, algunas viejas tipologías emplean el criterio genealógico como base de sus clasificaciones: en este caso, las relaciones de parentesco permiten el establecimiento de grupos y de subgrupos de lenguas.

¹⁹ Por ejemplo, las tipologías polidimensionales (*typological clusterings*), en las cuales se trabajan los principios de organización que subyacen los fenómenos tipológicos y los haces de propiedades que se dan en una lengua según el tipo que ejemplifique en mayor grado, por ejemplo la propuesta por Seiler; o las de tipos complejos –haces de rasgos que clasifican un tipo lingüístico–, como las de Skalicka, Hawkins, Greenberg, Klimov, Dezsö o Lehmann.

formas verbales se combinan para constituir palabras).²⁰ Se suele decir que estas técnicas para el establecimiento de tipologías basadas en el léxico (criterios para establecer relaciones entre modificaciones internas de palabras) se llaman verticales, mientras que las basadas en la sintaxis (ver cómo un elemento actúa sobre otro: adposiciones, repeticiones u orden de palabras) se llaman horizontales. Así, los criterios verticales han llevado a postular la existencia de tres tipos de lenguas: las aislantes o analíticas, las aglutinantes y las flexivas o fusionantes.

En las lenguas aislantes o analíticas, cada palabra expresa una unidad de significado, y cada unidad de significado se realiza en una unidad lingüística o palabra. Un ejemplo típico es el vietnamita:

«khi tôi den nhà bạn tôi, chúng tôi bắt đầu làm bài»

cuando-yo-ir-casa-amigo-yo, plural-yo-comenzar-hacer-plural-lección
«cuando fui a casa de mi amigo, comenzamos a hacer las lecciones»

(ejemplo tomado del texto de Martínez Celdrán, 1995: 152)

El chino es analítico, por ejemplo, pero en un nivel menor. El inglés, comparado con el español, tiene un grado mayor de aislacionismo: frente al inglés «*I will be*» («voy a ser»), está el español «seré» (qué, por otro lado, puede alternar también con la forma más aislante: «voy a ser»).

En las lenguas aglutinantes, una palabra contiene varias unidades de significado que se expresan cada cual con una realización lingüística distinta (son lenguas más regulares y sistemáticas en su morfología nominal y verbal). Las palabras varían para indicar diferentes significados o funciones gramaticales, pero, para ello, cada forma indicadora se sucede una detrás de otra dentro de una misma palabra. Suelen tener, además, posposiciones. Son lenguas aglutinantes el turco, el húngaro, el euskera, el finés, por ejemplo. El ejemplo clásico es el turco:

«*evlerinden*» – *ev*: caso, nominativo; *ler*: plural; *i(n)*: posesivo, *den*: ablativo
«desde sus casas»

«*adamlardan*» – *adam*: hombre; *lar*: plural; *dan*: ablativo
«a los hombres»

²⁰ Adviértase, en este punto, que las reflexiones sobre la morfología –la estructura de las palabras– es previa a las reflexiones sobre la sintaxis –la estructura de la oración–, motivo por el que el criterio morfológico ha primado por muchos años.

«çalışıyorlar» – çalış: trabajar;ıyor: presente; lar: plural
«trabajan»

(ejemplos tomados del texto de Martínez Celdrán, 1995: 154)

Aglutinar significa que los elementos se ensartan en las cadenas unos tras otros sin confundirse ni mezclarse. Sin embargo, en oposición a las lenguas anteriores, todos estos elementos se integran en una palabra.²¹

En las lenguas flexivas o fusionantes se expresan varias categorías gramaticales en una única palabra. Pero, a diferencia de las aglutinantes, estas no se pueden segmentar o, al menos, la segmentación suele resultar muy difícil. Las categorías gramaticales están fundidas con la palabra a la que afectan y dependen, en gran medida, de la clase de palabra a la que pertenecen (es decir, no todas las palabras poseen la misma flexión). Puede haber varias unidades de significados en una unidad lingüística, por ejemplo: el latín *hominum* (donde el plural y el caso genitivo están expresados de forma inseparable en *um*); o el español «éramos» (que expresan base + pretérito imperfecto del indicativo + 1ra. persona plural).

En realidad, ninguna lengua pertenece con exactitud y totalmente a cada uno de los tipos antes señalados. En el caso del español, podríamos decir que, a pesar de ser considerado una lengua flexiva o fusionante, posee estructuras aislantes (la expresión de las funciones gramaticales o casos (por ejemplo, «para los más audaces» frente al «*audacioribus*», del latín), estructuras aglutinantes («niño-niña/niños-niñas», para expresar el género y el número del sistema nominal, al tiempo que en italiano se diría «*bambino-bambina / bambini-bambine*»: la *i*, reúne masculino y plural y la *e* reúne femenino y plural, más flexivamente), y estructuras fusionantes o flexivas (como el sistema verbal). En este sentido, se trata, más bien, de tendencias o de aproximación de cada una de estas lenguas al polo aislante, al aglutinante o al fusionante.

Por último, las tipologías permiten a los lingüistas probar la existencia de relaciones formales entre propiedades lingüísticas válidas tanto interlingüísticamente, en un estado actual, cuanto intralingüísticamente, a lo largo del eje temporal, así como también los ayudan a formular principios universales, que posibilitan una mayor comprensión del lenguaje.

²¹ Algunos autores incluyen dentro de esta clase las llamadas lenguas sintéticas o lenguas polisintéticas, en las que la aglutinación se lleva al extremo, ya que se expresan tantas categorías dentro de una palabra que puede darse una oración con sólo una de ellas. Esto se observa en lenguas (grupos de lenguas) como el esquimal o el iroqués (lengua de los indígenas de Norteamérica).

4.2. Los relativistas

En el relativismo, las diversas lenguas se analizan en su función de apertura del mundo (*welterschließung*), dado que estas se convierten en instancias absolutamente determinantes de la experiencia humana individual y social. Los lingüistas tratan de explicar por qué y cómo las diversas lenguas perciben y codifican de manera diferente la realidad extralingüística. No obstante, el hecho de que la relevancia perceptiva no sea la misma en las lenguas no quiere decir que la capacidad no sea la misma: podemos no conceder importancia a ciertos rasgos o características de los objetos, pero eso no implica que no los percibamos; y, en el mismo sentido, el hecho de que una lengua no disponga de ciertos tipos de expresiones o que estas carezcan de ciertas formas no supone que no puedan representar lingüísticamente determinados objetos, propiedades, relaciones o situaciones.

Esta postura denominada relativismo posee dos vertientes: la vertiente filosófica y la vertiente lingüística. La vertiente filosófica surge de la tradición de Hamann-Herder-Humboldt, se radicaliza en la experiencia de la hermenéutica filosófica de Heidegger y Gadamer y llega a influir a autores contemporáneos como Apel y Habermas. Se originó en el marco de un giro lingüístico producido en el campo de la Filosofía, cuando logró superarse la visión instrumentalista del lenguaje y se pasó a verlo como una instancia constitutiva del pensar y del conocer (como condición de posibilidad tanto de la objetividad de la experiencia cuanto de la intersubjetividad de la comunicación). Se produjo, entonces, una destrascendentalización; los lenguajes históricos se consideran en su función constitutiva por dos razones: porque sólo aparecen en plural y porque no permiten una división estricta entre lo trascendental y lo empírico, entre lo que es válido *a priori* (el saber del lenguaje) y lo que es válido *a posteriori* (el saber del mundo).

La problemática del relativismo está también presente en una de las tesis centrales de von Humboldt, a saber, que «a cada lenguaje le subyace una perspectiva del mundo peculiar». En efecto, el autor rechaza enfáticamente la posibilidad de reducir la función del lenguaje a la pura designación; le interesa, más bien, destacar que las expresiones tienen un referente pero también un modo de aprehensión del mismo (su sentido). Este relativismo de base filosófica, sin embargo, corre el riesgo de «babelizar» el lenguaje. Es así como, en sus versiones más ortodoxas, se postula que las perspectivas del mundo son inherentes a cada lenguaje, y se prejuzga hasta tal punto la experiencia intramundana que ya no puede defenderse la suposición de un mundo objetivo idéntico para todas las lenguas e independiente de estas.

La vertiente lingüística, por su parte, fue postulada por autores como Vossler, Saussure, Sapir y Whorf y ha marcado toda la lingüística estructuralista. En general, para los estructuralistas, las lenguas someten la realidad a cortes artificiales que no preexisten a la organización del mundo llevada a cabo por el lenguaje. Así

por ejemplo, designan de modos diferentes los colores o los parentescos; o gramaticalizan de modos diferentes el número: algunas lenguas lo hacen en singular y plural; otras, en singular, dual, trial y plural; o gramaticalizan la acción por el tiempo, mientras otras lo hacen por el aspecto. En su versión más extrema, la llamada hipótesis Sapir-Whorf²² (en realidad, se llama así aunque no fue, de hecho, formulada por ninguno de estos autores) se afirma que sólo es posible percibir las realidades formalizadas lingüísticamente; o, dicho en otras palabras, que:

- a. los sujetos sólo pueden conocer o concebir la realidad mediante una lengua y estas se ofrecen como algo espontáneo y natural, y son lo único posible;
- b. las lenguas que hablamos, las lenguas nativas o maternas, son creaciones sociales que reflejan la realidad objetiva y ejercen una influencia sobre nuestra concepción de dicha realidad, sobre su percepción, interpretación y categorización, esto es, sobre la cultura;
- c. aquellos sujetos que no comparten una misma lengua conciben la realidad de modos diferentes y aquellos que la comparten conciben la misma realidad;
- d. hay, en verdad, realidades o mundos diferentes, determinados por la existencia de diversas comunidades, y no un mismo mundo o realidad designado e interpretado por distintas etiquetas o rótulos.

Las críticas que puede hacerse a esta visión relativista son las siguientes: los relativistas creen que, si la realidad está categorizada de una manera, no lo está de otra, sin considerar que los cortes dan cuenta solamente de una parte de lo real, y que su existencia no tiene por qué excluir la de otras agrupaciones que tienen determinadas intersecciones con las reconocidas en esa lengua. Por otro lado, una lengua puede operar una agrupación de las cosas sin necesidad de contar con una palabra o una parte significativa de una palabra para ello (por ejemplo, que en español tengamos como denominación «rojo», «azul», «verde», etc., no nos impide distinguir el «rojo pálido» del «rojo chillón» ni obstaculiza que podamos entender otra agrupación de colores; tenemos, incluso, a nuestra disposición la disyunción con la cual podemos decir «pelo rojo», «auto rojo» o «piel roja», indicando, con esto, colores rojos relativamente diferentes). Además, el hecho de que la lengua propia gramaticalice ciertas divisiones del mundo no fuerza al hablante a ver el mundo de una forma que corresponda

²² Sapir fue discípulo de Boas y el gran inspirador de esta hipótesis. Whorf, discípulo de Sapir, amplió los estudios de las lenguas a la dimensión gramatical, verificó las hipótesis en una intensa práctica y radicalizó los planteos teóricos de su maestro. Se ocupó, principalmente, de la lengua hopi, la lengua nahuatl, la cronología azteca y la escritura maya.

estrictamente a tales divisiones y agrupaciones: por ejemplo, un hablante del español se expresa en una lengua que categoriza las cosas como masculino o femenino; no se sigue de esto que se vea constreñido a ver cada objeto en el mundo como sexuado. Ni los latinoamericanos tenemos una visión diferente de las cosas por llamar a las computadoras «computadoras» (usando un nombre femenino) y no «ordenadores», como los españoles (que usan un nombre masculino). Del mismo modo, nosotros llamamos «guante» a lo que los alemanes llaman *handschuh* (literalmente: «mano-zapato») y no por eso el objeto del mundo designado por «guante» es distinto del designado por *handschuh*.

En realidad, la crítica mayor al relativismo sería el fuerte sesgo ideológico que lo caracterizó,²³ su imposibilidad para explicar por qué los hablantes de una misma lengua discrepan en lo referente a sus respectivas visiones del mundo (también llamados *cosmoramas*), y por qué una misma visión del mundo puede ser compartida por hablantes de diferentes lenguas (las lenguas pueden hasta traducirse, aún a riesgo de perder rasgos propios del lenguaje original, dado que la comunicación intercultural puede lograrse).

5. La Lingüística como ciencia del lenguaje. Objeto y métodos

Ya hemos visto que la Lingüística es la disciplina científica que estudia el lenguaje. Por estudio científico se entiende una práctica de investigación que se lleva a cabo mediante observaciones controladas, realizadas sobre determinados fenómenos que se procuran verificar. Tales fenómenos se contrastan con la realidad y se sustentan en alguna teoría general que provee un aparato teórico (una conceptualización) y estrategias metodológicas a fin de ofrecer posibles explicaciones de los mismos.

Para Martín Vide (1996), la Lingüística nos plantea un conjunto de problemas que han sido abordados con diferentes matices por todos aquellos interesados en estudiar o investigar el lenguaje humano:

- a. Cualquier niño en circunstancias normales adquiere completamente, como mínimo, una lengua, la que se conoce como lengua nativa o mater-

²³ La teoría relativista se asocia con el apogeo del nacionalismo de finales del siglo xix y comienzos del xx. Marr, en Rusia, durante la revolución del 1917, llegó a formular una teoría (de corte evolucionista) que postulaba que existía un vínculo entre las sucesivas fases de la experiencia socio-práctica de las sociedades humanas y los tipos lingüísticos; sus discípulos postularon la lengua como superestructura (de clase). Las tesis de Marr sufrieron la crítica de Stalin en 1950.

na, y lo hace en muy pocos años y sin esfuerzo aparente. No obstante, los lingüistas no han logrado desentrañar totalmente ni la naturaleza de la lengua, ni el complejo de facultades, reglas y estrategias involucrados en el proceso de adquisición. El enigma que se esconde es, entonces, ¿a qué se debe la contradicción entre la facilidad de la adquisición (el llamado problema de Platón) y la dificultad que enfrentan los estudiosos para dar cuenta de esta (el llamado problema de Orwell)? Aquí, la pregunta implícita que intenta responder la Lingüística es: ¿qué es una lengua?

b. En el mundo se hablan y escriben varios miles de lenguas, de estructura aparentemente muy diferente. Sin embargo, existe la idea fundada de que, como sistema de comunicación, todas estas lenguas comparten ciertas características comunes para poder ser consideradas, justamente, lenguas humanas. El enigma que se esconde es, entonces, ¿qué rasgos distinguen y, por otro lado, acercan las lenguas humanas entre sí, así como también qué variedades presenta cada lengua en particular? Aquí, la pregunta implícita que intenta responder la Lingüística es: ¿cómo estudiar la diversidad propia de las lenguas humanas?

c. Aunque los hablantes no solemos darnos cuenta de ello, todas las lenguas están cambiando constantemente conforme a ciertos patrones, pues están sujetas a la evolución que les impone el tiempo y que produce en ellas una transformación sistemática. El enigma que se esconde es explicar, entonces, a qué se deben los cambios, cuáles son esos factores que influyen en él y cómo se justifica que, más allá de esto, podamos seguir hablando de la permanencia de una lengua a lo largo de la historia. Aquí, la pregunta implícita que intenta responder la Lingüística es: ¿por qué cambian las lenguas y qué cambios están implicados?

En tanto disciplina científica, la Lingüística tiene un objeto: se delimita el dominio empírico u objeto material sobre el cual el investigador va a operar, o sea, las diversas formas como se manifiesta el lenguaje, y se lo idealiza o abstrae, es decir, se adopta un punto de vista particular y se selecciona o reduce dicho dominio empírico de manera de elaborar el objeto que se va a investigar creando lo que se denomina objeto formal.²⁴ Además, la Lingüística tiene método:

²⁴ «Lejos de proceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto, y, además, nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión sea anterior o superior a las otras» (Saussure, 1970: 49). Estas fueron las palabras del famoso lingüista suizo con las que abrió las puertas a la Lingüística para que esta pudiera entrar en el campo científico, aunque con un nombre distinto: Semiología.

estrategias y técnicas que le sirven al científico para reunir datos, analizarlos y sistematizarlos adecuadamente;²⁵ y un vocabulario técnico: emplea términos específicos que le permiten nombrar los objetos que se investigan y, sobre todo, manipular categorías con los que estos objetos van a ser explorados.

Pero la empresa de la Lingüística no es sencilla y esto se debe a varios factores. En primer lugar, existen saberes y prejuicios acerca del lenguaje, que pertenecen al mundo del sentido común y que, muchas veces, entorpecen un acercamiento genuinamente científico. Por otro lado, el vocabulario técnico que se usa, aunque parece complejo, está integrado dentro del vocabulario cotidiano o coloquial: ¿quién no ha usado expresiones como «frase»; «estructura», «sonido», «sentido», «palabra» en forma intuitiva y eficaz pero de modo preteórico o acientífico!

En segundo lugar, los investigadores suelen afirmar que los estudios científicos sobre el lenguaje se dividen, *grosso modo*, en dos grandes momentos históricos: la Lingüística Tradicional, que llega hasta comienzos del siglo xx, y la Lingüística Moderna, que se da a partir del siglo xx, en la que se produjeron dos grandes revoluciones teóricas: la provocada por Ferdinand de Saussure (quien proclamó que la lengua es un sistema de signos, una estructura, y que su base es social) y la provocada por Noam Chomsky (quien proclamó que la lengua es una estructura cognitiva que constituye una forma de pensamiento y que halla sus fundamentos en la biología). No obstante estas divisiones, la discusión que aún se mantiene es si se debe o no asignar estatus científico a la llamada Lingüística Tradicional, porque esta bien podría ser considerada sólo un estudio del lenguaje.²⁶

En tercer lugar, teniendo en cuenta el número elevado de lenguas que se han registrado (alrededor de siete mil) y que, además, estas lenguas poseen un carácter complejo, la Lingüística se diversifica, como campo científico, en múltiples disciplinas convergentes. Tales disciplinas se clasifican, para muchos autores (Cerný, 2000; Martín Vide, 1996; Bronckart, 1985; Fernández Pérez, 1999; Lamíquiz, 1987; Lyons, 1971, 1981; Tusón, 1984), atendiendo a diferentes criterios, lo que permitiría reconstruir una suerte de campo de las Ciencias del Lenguaje más amplio. Los criterios son: el tipo de lengua que se estudió; la parte, nivel o dimensión que se recorta dentro de cada lengua estu-

²⁵ Métodos que reciben diferentes denominaciones: histórico-comparativo, descriptivo, contrastivo, experimental, cualitativo, cuantitativo, de corpus, entre otros. La Lingüística como ciencia deberá penetrar teóricamente en la esencia de cada método y definir los límites de su utilización más racional.

²⁶ Incluso podría decirse que antes del siglo xx hay más bien lingüistas que Lingüística, ya que los estudiosos de la lengua han hecho contribuciones notables que sólo posteriormente pudieron ser sistematizadas en una ciencia particular.

diada; el enfoque o método empleado; y el campo de aplicación. En cuanto al tipo de lengua que se estudia, podremos hallar prácticas diferentes llamadas Lingüística Hispánica, Filología Inglesa, Estudios Indoeuropeos, entre otras; prácticas que se contraponen a la Lingüística General, que es un área de conocimiento que proporciona conceptos, categorías, unidades y técnicas de análisis para investigar cualquier lengua humana, sin circunscribirse necesariamente a ninguna de ellas en particular.²⁷

En cuanto a la parte, nivel o dimensión de la lengua que se selecciona, la Lingüística se complementa con la Fonética y la Fonología –referida al estudio de los sonidos, en el plano de su realización, y al modo como estos se estructuran dentro de una lengua, respectivamente–, la Gramática o la Morfosintaxis –referida al estudio de la estructura de las palabras y las oraciones–, la Lexicología o la Lexicografía –referida al estudio del vocabulario de una lengua, la forma como este puede sistematizarse y las regularidades de su desarrollo histórico–, la Semántica –referida al estudio del significado que se elabora en una lengua particular y, más allá de esto, los aspectos en los que las lenguas se parecen en cuanto a su posibilidad de significar o de representar la realidad–, la Dialectología –referida al estudio de la diferenciación geográfica o la estratificación social de las lenguas–, la Pragmática –referida al estudio de los usos lingüísticos tanto desde la perspectiva accional cuanto de la significación ligada a la ejecución de actos verbales, así como también los conocimientos, procesos y estrategias que se ponen en juego–, la Lingüística de Texto o el Análisis del Discurso –referida al estudio de los textos o discursos como producto de la comunicación verbal, los factores que inciden en su composición y; sobre todo, en su interpretación–, entre muchas otras disciplinas, más o menos afines, más o menos distantes.

En cuanto al tipo de enfoque o método que se emplea, podemos distinguir, por ejemplo, la Lingüística Descriptiva o Sincrónica de la Lingüística Histórica o Diacrónica. La primera centra su estudio en un estado de lengua, generalmente un estado actual, y puede dividirse en: a) interna, que busca una explicación de la estructura, y de las leyes y principios que rigen tales estructuras (por ejemplo, el fenómeno de la concordancia en género y número entre el artículo y sustantivo en el español o en el inglés); y b) externa, que busca una explicación a partir de factores sociales, culturales, geográficos, etc. (por ejemplo, podría concluir que decir, «el José» es una marca del español rioplatense propio de la clase

²⁷ De ahí que aquellos estudios que proveen conocimientos más abarcadores referidos a la naturaleza de las lenguas, las leyes que explican su estructura, su funcionamiento o su uso se enmarquen en la Lingüística General, como una forma de diferenciarla de abordajes más puntuales, parciales o específicos.

social desfavorecida al tiempo que decir «la Paula» es una marca del español chileno propio de una clase media). La Lingüística Histórica o Diacrónica centra su estudio en la evolución de las lenguas en el eje del tiempo y hace intervenir la historia para explicar la formación, el cambio o la desaparición de algunas lenguas o fenómenos lingüísticos (por ejemplo, afirma que nuestro artículo «la» proviene de un cambio que comenzó con la aparición del pronombre demostrativo del latín *illa* que después pasó a ser *ela* y que, luego, culminó con la atenuación y supresión de la *a* final, especialmente si se unía a otra *a*, por lo que fue imponiéndose el uso de «el(a) agua» o «el(a) espada».²⁸

Del mismo modo, se habla de Lingüística Teórica para aludir a un campo de estudio e investigación que propone modelos que dan cuenta del funcionamiento del lenguaje y por los que se procura comprender la estructura, la adquisición, el uso y el cambio de las lenguas.²⁹ La Lingüística Teórica se opone a la Lingüística Aplicada, porque implica una transferencia de los modelos teóricos para el estudio de determinadas prácticas que involucran el lenguaje. Busca esclarecer otros campos del saber, pero, para ello, requiere como vehículo una conceptualización sobre las lenguas. Estas prácticas son: la Enseñanza de una Primera o Segunda Lengua, o de Lenguas Extranjeras (en relación con los métodos directos que presuponen el desarrollo de habilidades y estrategias para la comunicación); la Lingüística Computacional y la Lingüística Informática (en tareas específicas como la traducción automática –de una lengua a otra vía ordenador–, la recuperación de la información, las interfaces hombre-máquina,³⁰ la síntesis y el reconocimiento del habla a fin de que la computadora pueda leer en voz alta un texto escrito o reconocer la voz humana, registrar e interpretar la información, o el tratamiento automatizado de textos³¹); la Traducción; la Política y la Planificación lingüística (el Estado debe resolver cuestiones referidas al uso de la lengua en sociedades en que se emplea una o más de una); la Logopedia –la reeducación del lenguaje y del habla de todos aquellos que sufren ciertas patologías–; o la Lingüística Forense

²⁸ Ambas perspectivas, la sincrónica y la diacrónica, fueron postuladas por Saussure, quien las presentó como dos actitudes opuestas que podía adoptar el investigador frente a los distintos fenómenos de la lengua.

²⁹ «Un modelo es un mecanismo que imita una situación, comportamiento o proceso lingüístico por abstracción de sus propiedades más relevantes» (Martínez Celdrán, 1994: 26).

³⁰ Es decir, la creación de dispositivos que permiten transformar las señales generadas por un instrumento en señales comprensibles por otro, por ejemplo, lograr que el usuario pueda interactuar con el ordenador mediante el lenguaje natural.

³¹ Por ejemplo, en la actividad que se conoce como crítica textual asistida, que ayuda a la corrección y edición de textos, a la existencia de programas que permiten llevar a cabo estudios estadísticos con elementos de los textos, o a las denominadas base de datos.

(para analizar las características de los documentos escritos que sirven como pruebas o para identificar voces grabadas –voz dubitada, en términos jurídicos– y contrastarlas con el habla real –voz no dubitada–), por citar algunos de los campos de aplicación más representativos.

Por último, se suele distinguir la Lingüística Interna o Microlingüística, que estudia aspectos inherentes a las lenguas y se extiende en disciplinas como la Fonética, la Semántica, la Pragmática o la Gramática, previamente mencionadas; y la Lingüística Externa o Macrolingüística, que atiende a la relación de la lengua con aspectos externos a ella: la sociedad (Sociolingüística), la cultura (Etnolingüística, Antropología Lingüística), la Psicología (Psicolingüística), la Neurología (Neurolingüística), la utilización de la lengua para la persuasión (Retórica), etc.

Por último, debe destacarse que la posición de la Lingüística entre las otras ciencias no resulta nada fácil; en principio, por la naturaleza compleja de la lengua misma. Así, por ejemplo, su carácter social –sirve para la comunicación, la comparte una comunidad y es vehículo de la cultura– hace que pueda ser incluida entre las Ciencias Sociales y manifestarse en interdisciplinas como la Psicolingüística, la Sociolingüística, la Etnolingüística, la Semiótica, la Etnografía del Habla, la Filología, el Análisis del Discurso, la Lingüística de Texto, entre otras. Por otro lado, su carácter mental y cognitivo –la lengua es algo natural, que posee un diseño en alguna medida perfecto o eficaz, está en la mente de los individuos, quienes la procesan (la escuchan, la hablan, la escriben o la leen) y, además, genera y transmite conocimiento– hace que pueda ser incluida entre las Ciencias Físicas y Biológicas y manifestarse en interdisciplinas como la Neurolingüística, la Lingüística Computacional, la Psicolingüística Cognitiva, Lingüística Cognitiva, entre otras.

El lingüista deberá, así, elaborar modelos científicos, y para esto tendrá que seleccionar un enfoque y emplear algún tipo de lenguaje con el propósito de explicar, paradójicamente, su objeto: el lenguaje verbal. Este lenguaje que explica el lenguaje se conoce como lengua sujeto o metalenguaje; al tiempo que el lenguaje que se pretende explicar recibe el nombre de lenguaje objeto o, simplemente, lenguaje. El metalenguaje le proveerá al investigador todas las herramientas terminológicas, conceptuales y metodológicas que necesite para construir su andamiaje teórico y esclarecer aspectos diferentes de ese complejo –y aún misterioso– objeto: el lenguaje. Además, cuando el metalenguaje está representado por sistemas especialmente contruidos y formalizados (el lenguaje de la Lógica o de las Matemáticas), hablamos de teorías o estudios duros; pero cuando el metalenguaje está representado por una reflexión, más o menos sistematizada, que utiliza el lenguaje verbal mismo como instrumento del metalenguaje, hablamos de teorías o estudios blandos.

Por último, el lingüista sólo podrá recortar su objeto de investigación y dar una explicación válida para estudiar la o las dimensiones que constituyen la

lengua si sabe dirimir que una cosa es el comportamiento lingüístico (aspectos externos de la lengua, o sea, las cadenas de enunciados, textos o discursos que tienen una realidad física o material); otra cosa es el sistema que lo subyace (las cadenas de palabras u oraciones que presentan una estructura interna, que están sujetas a regularidades y que dan forma a los enunciados, textos o discursos); y que, finalmente, otra cosa muy distinta es modelizar el sistema subyacente (elaborar un modelo teórico para comprender algún aspecto del sistema y del comportamiento lingüístico).

6. Breve historia de la Lingüística; los paradigmas de investigación más representativos del siglo xx

Para Robins (1988), la Lingüística, como estudio sistemático del lenguaje y las lenguas humanas, nos retrotrae a más de dos mil años de ininterrumpido interés y continuidad en la investigación. Esta investigación se ha originado por la fascinación y el respeto que las lenguas suscitaron entre los hombres; se fue transformando en una práctica independiente, separándose de otras disciplinas como la Filosofía, la Literatura, la Gramática, la Retórica, la Filología y la Historia; y llegó a convertirse en el siglo xx en un campo de conocimiento especializado y autónomo.

Los primeros estudios surgieron en el siglo v a.C., en el seno de la civilización griega (fundamentalmente entre los estoicos), y se constituyeron como parte de la Filosofía, esto es, se inscribieron en una reflexión general sobre la naturaleza del mundo que rodea a los hombres y sus propias instituciones sociales. Se instaló el debate entre naturaleza y convención, y aquellos que defendían la primera, los naturalistas, creían que el lenguaje tenía su origen en principios inmutables ajenos al hombre mismo, por lo que son inviolables. Los naturalistas trataron de centrar su estudio del lenguaje en la etimología (*etymo*: verdad, realidad), porque pensaban que revelar el verdadero significado de los vocablos era revelar las verdades de la naturaleza. La relación fundamental entre una palabra y lo que significa era, para ellos, la de nombrar, motivo por el cual creían que las palabras originalmente habían sido imitativas de las cosas que designaban: onomatopeyas («gua guag», «crash», «puf», «quiquiriquí») y expresiones fonosimbólicas que, en realidad, denotan la fuente del sonido más que el sonido mismo («susurro», «murmullo», «pleno», «repiqueteo»). Los convencionalistas, por su parte, sostenían que la lengua es una convención, un acuerdo tácito asumido por los hablantes, una suerte de contrato social que puede ser incluso roto si sus partes lo deciden.

El debate entre naturalistas y convencionalistas se desarrolló *in extenso* en el diálogo *Cratilo*, de Platón (427-348 a. C.), quien, además de estas cuestio-

nes, abordó otras de naturaleza sintáctica y semántica. El interés de Platón fue continuado por Aristóteles, autor que reflexionó acerca de diversos temas lingüísticos vinculados con la Retórica y la Crítica Literaria: elaboró una fonología del griego ático (ateniense), una primera forma de análisis de la estructura de la oración (el *logos*) en frase nominal (*ónoma*) y frase verbal (*rhema*), y una clasificación de las partes de la oración. Platón y Aristóteles han escrito sobre el lenguaje, pero fueron los estoicos los que reconocieron a la Lingüística como una rama separada de la Filosofía y concibieron el lenguaje como una clave para poder comprender cómo funciona la mente humana: sustentaron sus cavilaciones en principios lógicos y psicológicos.

La disputa entre naturalistas y convencionalistas derivó en otra que se desplegó en el siglo II a. C.: los analogistas y los anomalistas. Los primeros defendían la posición de que en las lenguas predomina la sistematicidad o la regularidad; se preocuparon por construir paradigmas lingüísticos a fin de corregir el lenguaje de sus anomalías de uso, tomando como modelo la Literatura (tal es el caso de los alejandrinos). Los segundos, los anomalistas, consideraban que el lenguaje es irregular, variable e impredecible; se preocuparon por explorar la riqueza de su uso describiéndolo más que corrigiéndolo, y se interesaron en la Lógica, la Retórica y el uso diario de la lengua (tal es el caso de los estoicos).

Los alejandrinos (siglo III-I a. C.), estudiosos del lenguaje que vivían en Pérgamo y Alejandría, fueron analogistas y abordaron las lenguas a partir de dos supuestos erróneos que, de algún modo, caracterizaron la concepción clásica: 1) la escritura (y la Literatura) debían ser el objeto de estudio; y 2) los escritores del griego ático del siglo V a. C. utilizaban una lengua más correcta y pura que otros. En verdad, estos autores, entre los cuales se destaca Dionisio de Tracia (año 100 a. C.) y Apolonio Díscolo (200 d. C.), procuraban enseñar la lengua y la literatura griega clásica —intención didáctica y literaria— como modo de preservar esta lengua de la aparición en el imperio de otra forma más corrupta, la llamada lengua común o *koiné*, y con el fin de educar a las provincias orientales helenizadas del Imperio Romano para que los romanos de clase alta pudieran aprenderla. Poseían una visión más empírica y sus planteos se basaban en la observación de las manifestaciones lingüísticas concretas.

Los trabajos de los gramáticos latinos (Varrón, I a. C., Donato, año 400 a. C. y Prisciano, año 500 a. C.) siguieron, en líneas generales, las prescripciones de los griegos, aunque trabajaron algunas cuestiones en que la lengua latina se diferenciaba de la griega (la presencia de un caso, que denominaron ablativo, caso latino o sexto caso, y la ausencia del artículo definido, por ejemplo).³²

³² De este modo, para conservar las ocho clases de palabras postuladas por los griegos, sustituyeron el artículo por la interjección.

En la Edad Media, más que los detalles de los análisis gramaticales del latín llevados a cabo por los investigadores, ya que este era la *lingua franca*, la lengua universal de la educación, la lengua internacional y la lengua oficial de la Iglesia, importan las presuposiciones filosóficas que se incorporaron al estudio del lenguaje. Para los gramáticos (que revelan una fuerte influencia de la Escolástica), la gramática se constituía como una teoría filosófica de las partes del discurso y sus modos de significación.

Además, alrededor del siglo XII se produjo, dentro de la Iglesia, un resurgimiento de la filosofía europea; los textos de Aristóteles fueron traducidos y estudiados y se recuperó la cultura griega (gracias a las Cruzadas o por la influencia del orientalismo e islamismo español). Esto provocó una reinterpretación filosófica de las gramáticas latinas con las obras de Santo Tomás (1224-1274) o Thomas de Erfurt, por ejemplo, que se conocieron como gramáticas especulativas (del latín *speculum*, «espejo», ya que los autores suponían que existía un isomorfismo entre ser, entender y significar que, incluso, se da para ellos bajo un modo o manera que trasciende las lenguas particulares, como en una gramática universal). Estos autores, conocidos como *modistae*, sostenían que el modo de ser de las cosas es apropiado para que nuestro intelecto lo aprehenda con su modo de entender y pueda ser expresado mediante las palabras adecuadas. Se destacan, así, tres niveles de abstracción: la realidad externa o forma de existencia en el mundo (*modi essendi*), la capacidad para aprehender y conocer esta realidad (*modi intelligendi*) y los medios por los cuales puede comunicarse el conocimiento (*modi significandi*); y se afirma que los dos últimos están presupuestos en la gramática. Los estudiosos medievales elaboraron un conjunto de conceptos gramaticales lógicos y metafísicos, y formularon las primeras teorías sobre la gramática universal o los universales lingüísticos que se fundamentaba en una capacidad común a todos los hombres.

Con los gramáticos del Renacimiento, la concepción clásica —sustentada en el griego y en el latín clásicos— se extendió a los modernos lenguajes de Europa. El Renacimiento se caracterizó por el resurgir de la antigua civilización, primero en Italia y luego en toda Europa, y por la expansión de la cultura (mediante la imprenta). Tres factores resultaron esenciales para su desarrollo: a) la recuperación del saber clásico y los valores humanistas, en contraposición con los valores defendidos por la Iglesia; b) la reforma protestante; y c) la aparición de las ciencias naturales y, con ella, del punto de vista de la ciencia empírica (el conocimiento se obtiene por la observación y la experimentación, y no resulta válido el argumento de autoridad). Por otro lado, el siglo XV marcó la extinción del Imperio Bizantino, descendiente del antiguo Imperio Romano, y por eso los estudiosos griegos tuvieron que emigrar al occidente llevando su lengua y cultura. Se descubrió el Nuevo Mundo y se colonizó África, el subcontinente indio, el sudeste de Asia y el Lejano Oriente, y gracias a esto se descubrieron nuevas lenguas. Asimismo, el latín, lengua franca, se

enfrentó con las lenguas vernáculas: lenguas habladas por las distintas comunidades europeas (especialmente el inglés, el francés, el italiano, el español y el alemán). Del mismo modo, la aparición de los estados nacionales, de una clase media comercial y laica, que quería cultivarse, y el frecuente uso de dichas lenguas vernáculas (los protestantes tradujeron la Biblia a estas lenguas, por ejemplo) provocaron que se reeditara una nueva preocupación por el lenguaje y las lenguas.

Tal vuelta a la civilización humanista de Grecia y Roma (frente al teocentrismo medieval) no sólo se caracterizó por la elaboración de gramáticas latinas básicas: Valla, *Elegantiae latini sermones* (1444); Escalígero, *De causis linguae latinae* (1540), sino, y principalmente, por la elaboración de gramáticas de las lenguas vernáculas: la gramática del español de Nebrija, *Grammatica castellana* (1492); la gramática francesa de Palsgrave, *Esclaircissement de la langue francoyse* (1530); la portuguesa de Fernando de Oliveira, *Gramática da linguagem portuguesa* (1536); y la italiana de Giambullari, *Della lingua che si parla e si scrive a Firenze* (1551).

Con la gramática de Escalígero y la de Francisco Sánchez de las Brozas, «el Brocense», *Minerva, seu de causis linguae*, se inicia una tendencia que enlaza con los especulativos y los estoicos y que culmina en el siglo xvii, en 1660, cuando la escuela racionalista de Port Royal presenta su *Gramática general y razonada* (*Grammaire générale et raisonnée*), en la que se postula que el estudio del lenguaje es un producto de la razón y que los diferentes lenguajes no son sino variedades de un sistema lógico y racional más general. Cabe destacar que en el siglo xvii da comienzo la era moderna y que este siglo, justamente, se considera siglo del genio, puesto que fue fermento del pensamiento científico, político, filosófico y religioso.

A partir del siglo xvii, se originó una nueva dicotomía en los estudios del lenguaje con la oposición entre los racionalistas y los empiristas. Los primeros, cuyo representante más eximio fue Descartes, adoptaron una postura innatista y valoraron el lenguaje como base y forma del conocimiento. Al ser una propiedad de la mente, el lenguaje fue visto, en consecuencia, como algo natural. Por el contrario, los empiristas, con Locke a la cabeza, afirmaron que todo conocimiento humano procede de la experiencia y, en este sentido, el desarrollo del lenguaje no es más que una creación humana producto del aprendizaje (posición que continúan autores como Condillac o Rousseau).

Durante el siglo xix aparecieron prácticas que suelen denominarse Filología Comparativa, Gramática Comparativa, Lingüística Histórica o Lingüística Comparativa, en las que se definió un tipo de estudio e investigación de corte histórico y en las que se desarrollaron principios y estrategias metodológicas para comparar lenguas y buscar filiaciones entre ellas, con la presencia de figuras destacadas como Schleicher. Para motivar este nuevo enfoque, había resultado necesario que, en 1786, Jones, en un viaje a la India, descubriera el sánscrito y

concluyera que esta lengua podía emparentarse con el griego y el latín, por lo que las tres lenguas resultarían de un tronco común llamado indoeuropeo: indio + europeo. A partir de aquí hizo eclosión el comparatismo con autores como Bopp, Grimm y Rask, quienes procuraron —con un criterio historicista y evolucionista—³³ emparentar lenguas y reconstruir protolenguas. A finales del siglo xix, alrededor de 1870, surgieron los neogramáticos o jóvenes gramáticos (*Junggrammatikker*), entre los que se hallan Verner, Paul, Scherer, Brugmann, Osthoff, Leskien. Estos elaboraron verdaderas leyes para comprender el cambio de las lenguas, leyes ciegas que no tienen excepciones; reemplazaron la idea de parecido o parentesco por la de correspondencia sistemática y postularon que cualquier aparente excepción se debe a la intervención de otra ley o la analogía, dado que procuraban encontrar cierta regularidad en el cambio.

En el siglo xx comienza la Lingüística Moderna (o, simplemente, la Lingüística), que en líneas generales se caracteriza por: 1) priorizar el lenguaje hablado sobre el escrito; 2) ser una ciencia descriptiva y explicativa, no prescriptiva, 3) interesarse en las otras ciencias a fin de instaurar interdisciplinas válidas para investigar el lenguaje y las lenguas, 4) dar preponderancia a los estudios sincrónicos (en un estado de lengua), centrando su preocupación particularmente en el estado actual, y 5) enfocar la lengua como una estructura.

Una historia de la Lingüística, sin embargo, nos obligaría a extendernos demasiado. Además, la tarea se dificultaría enormemente si decidiéramos abordar la complejidad del campo en los siglos xx y xxi. Por este motivo, dejaremos ahora la historia para esquematizar los tres paradigmas en los que se han desarrollado los estudios del lenguaje y la Lingüística, a fin de destacar sus rasgos más representativos, proponiendo entre ellos un cotejo: nos referimos al paradigma tradicional, al paradigma formalista y al paradigma comunicativo-funcional.

En primer lugar, el paradigma tradicional se suele categorizar de forma negativa por su carácter precientífico o acientífico; se extiende desde el siglo v a.C. hasta el siglo xx. Propone como unidad de análisis para el estudio de las lenguas la palabra y la proposición; la palabra en cuanto unidad de forma, sonido y sentido que se articula con otras para expresar un pensamiento completo o un juicio, la proposición. Debido a su concepción atomista del lenguaje, la palabra es el pilar de la reflexión lingüística: no hay conciencia de la sistematicidad de los fenómenos; en las descripciones que se ofrecen existe prominencia de la parte sobre el todo.

³³ En la primera mitad del siglo xix, las nociones biológicas, derivadas, en parte, de la anatomía comparativa, la evolución y la selección natural, motorizaron el desarrollo de las teorías, así como también ayudó a ello el espíritu romántico, que acercó la lengua al tradicionalismo, al populismo y al nacionalismo.

El objetivo de los estudios del lenguaje y las lenguas es, dentro de este paradigma, la corrección; de ahí que las reglas que se formulan para dar cuenta de la relación entre lengua y pensamiento sean básicamente prescriptivas o normativas: de carácter deontológico (están referidas al deber ser)³⁴ y pedagógico (procuran educar y cultivar al pueblo con la finalidad de que pueda hablar mejor y, sobre todo, escribir mejor).

Las gramáticas que se elaboran suelen articularse en cuatro partes:

1. Analogía o morfología (apunta al conocer): parte fundamental en la que se describen las clases de palabras y sus variaciones o accidentes.
2. Sintaxis (apunta al ordenar): parte en la que se tratan ciertos fenómenos como la concordancia, la rección, la sintaxis figurada, o los vicios de construcción. En esta sección se presenta el modo como se enlazan los vocablos.
3. Prosodia (apunta al pronunciar): parte en la que se desarrollan asuntos relacionados con la métrica (acento, cantidad, sílaba, ritmo).
4. Ortografía (apunta al escribir): parte de carácter ortológico-normativo. Aquí se vincula la sintaxis con la semántica y, respecto de la significación, se siguen las teorías de los lógicos, ya que se presume que emplear la lengua correctamente ayuda a argumentar, esto es, a pensar).

El paradigma tradicional acarreó dos errores que se conocen con el nombre de falacia clásica (Lyons, 1968; Martínez Celdrán, 1995) y que conducen a una concepción extrema que los llevó a: 1) tomar la lengua escrita y la Literatura como única fuente para los estudios lingüísticos y como modelo a imitar; y 2) creer que la lengua pasada es la mejor, la más correcta y la más pura, y que toda evolución implica necesariamente corrupción, así como también considerar que es mejor la lengua de los cultos que la de los iletrados.

Por último, en este paradigma tradicional se intenta dar una explicación de los fenómenos lingüísticos desde parámetros externos a la lengua misma (como el Mito, la Religión, la Lógica, la Psicología o la Historia) que no han resultado suficientes para encarar una investigación autónoma que otorgara a los estudios del lenguaje un verdadero estatus de ciencia.

En segundo lugar, el paradigma formalista se desarrolla en el siglo xx, aunque ya desde fines del siglo xix surge una conciencia metodológica (con los comparatistas y con los neogramáticos). Se origina, fundamentalmente, a partir de dos teorías que, por su parte, marcan las dos revoluciones más significa-

tivas del siglo xx: el estructuralismo, iniciado por Saussure, y el generativismo, iniciado por Chomsky. Por una parte, el estructuralismo, como teoría descriptiva, fuertemente empirista, observacional y formal, ofreció un conjunto de descripciones sobre las lenguas humanas; por otra parte, el generativismo proveyó a la Lingüística de verdaderas explicaciones sobre la naturaleza de las estructuras que, para estos autores, poseen una base individual (dado que tienen realidad psicológica) y biológica (porque son producto del desarrollo de una facultad que viene dada por programación genética).

El paradigma formalista propone como unidad de análisis para investigar las lenguas la oración, pues en sus descripciones y explicaciones existe una conciencia estructural gracias a la que se le otorga preeminencia al todo sobre las partes que lo integran.

El objetivo de los estudios del lenguaje y las lenguas es conocer las leyes que dan cuenta de su código o estructura (en el caso de los estructuralistas), o que dan cuenta de la buena formación de las frases (en el caso de los generativistas). Esta es la razón por la cual las reglas que se postulan permiten hacer explícitas las relaciones entre lengua y sistema o estructura (en los estructuralistas) o entre lengua y pensamiento a fin de esclarecer la competencia gramatical³⁵ de los sujetos (en los generativistas).

En este paradigma, adopta un rol prioritario la sintaxis. En efecto, las gramáticas que se elaboran se estructuran en torno a los siguientes niveles de descripción lingüística: la fonología, la morfología, la semántica y la sintaxis, aunque la semántica se incorpora más tardíamente (alrededor de 1960). El hecho de que la Lingüística parta de una sola dimensión, la sintaxis, o, como máximo, de la pareja sintaxis-semántica, es lo que puntualmente la define como una práctica científica de carácter formalista. Además, la reflexión lingüística se construye sobre los fundamentos de la Lógica Formal y de las Matemáticas. De hecho, la Gramática generativa, por ejemplo, puede considerarse la consecuencia lingüística del desarrollo de la Lógica mediante los sistemas formales.

Teniendo en cuenta esto, la unidad de análisis para los investigadores nucleados en el paradigma formalista no puede ser el enunciado, sino debe ser la oración y su organización interna. Los criterios son los de construcción bien formada y los de verificación. La Sintaxis es, así, el núcleo, mientras que la Semántica es la parte periférica, la interpretativa. Como ocurre en la Lógica, primero se elabo-

³⁵ Concepto acuñado por Chomsky para referirse al conocimiento que un hablante posee de su lengua: es un saber organizado (una gramática), individual (todos los hombres lo poseen, a menos que presenten alguna patología) e internamente representado (tiene realidad psicológica).

³⁴ De este modo, en la gramática de la RAE de 1895 se afirmaba, por ejemplo, que «La Gramática es el arte de hablar y escribir correctamente».

ran los formalismos (por los que se describe y explica prioritariamente la sintaxis) y luego se los debe interpretar (se hace intervenir la semántica o, simplemente, esta se utiliza como un criterio distintivo o diferenciador).

El paradigma formalista trabaja prioritariamente sobre la lengua oral, lo que ha permitido la aparición de disciplinas como la Fonología y la Fonética para abordar el plano de los sonidos del lenguaje. Se abandonan los fines extrínsecos; los investigadores adoptan una actitud inmanente ante la lengua y una concepción sistemática de la misma. Si bien con el estructuralismo las Ciencias del Lenguaje se alinearon con las Ciencias Sociales, fue con el generativismo que se inauguró un verdadero trabajo interdisciplinar que vinculó la Lingüística con las Ciencias Exactas, las Ciencias Biológicas y las Ciencias Cognitivas, enriqueciendo, de esta manera, su alcance.

En tercer lugar, el paradigma comunicativo-funcional se produce en la segunda mitad del siglo xx y convive, en cierta medida, aún hoy con el paradigma formalista (adoptando, claro está, posiciones antagónicas). Este paradigma postula como unidad de análisis para el estudio de las lenguas el enunciado, el texto y el discurso, destronando el reinado de la oración y proponiendo, por el contrario, unidades para investigar el lenguaje más materiales, que posean realidad histórica, que sean producto de la expresión y la comunicación, que se desplieguen en la dimensión individual e intersubjetiva (sociedad y cultura) y que se concreten en situaciones y contextos particulares.

El objetivo de los estudios del lenguaje y las lenguas es comprender el modo como la lengua resulta adecuada o apropiada; esto es, se la pone en relación con los entornos en los que se emplea y en los que cumple una función. En el paradigma comunicativo-funcional, el núcleo es, sin duda, la comunicación —y los enunciados, textos o discursos que la actualizan—, y por esta razón es necesario incorporar a la dimensión fonológica, sintáctica y semántica la dimensión pragmática, en tanto esta se ocupa de lo que hacemos con las palabras, de la acción y el uso. En efecto, los actos lingüísticos constituyen actos especiales por medio de los cuales los hablantes se expresan en un lenguaje natural dentro de un tipo específico de situación comunicativa, o sea, dentro de un contexto. Esto ha llevado a ampliar el campo incorporando disciplinas auxiliares que hicieran factible investigar tal compleja relación: la Pragmática —estudio del lenguaje en uso—, la Sociolingüística —estudio de la variación y el cambio gradual—, la Psicolingüística —estudio del modo como los individuos procesan el lenguaje—, el Análisis de la Conversación, la Semiótica, la Lingüística del Texto, el Análisis del Discurso, entre muchísimas otras que van apareciendo y se van consolidando con el correr del tiempo.

El hecho de que la preocupación presente en los autores que integran dicho paradigma sea proponer reglas que den cuenta del carácter apropiado o adecuado de la lengua obliga a redefinir las reglas prescriptivas, descriptivas o explicativas propias de otros paradigmas, y a suplantarlas por otras, valorativas

e interpretativas, pues estas deben ayudar a esclarecer la compleja y cambiante dinámica que se establece entre la lengua, el pensamiento y el contexto (situación comunicativa, sociedad y cultura).

En este punto, toda manifestación del lenguaje es útil para el científico, quien trabaja indistintamente con la lengua escrita o la lengua oral, con textos o discursos de géneros y épocas diversas, y quien, incluso, puede conectar el lenguaje verbal con otros lenguajes.

Para comprender los diversos fenómenos lingüísticos, los autores enmarcados en este paradigma comunicativo-funcional adoptan criterios tanto extrínsecos como intrínsecos; tratan de formular principios de amplio alcance y teorías que deriven de ellos, pero lo hacen procurando no olvidar la peculiar naturaleza del lenguaje y las lenguas humanas, en especial si se las mira no sólo desde la perspectiva de la estructura, sino también desde la de su uso o función.